

"SEGUIRAN SUS HUELLAS"

La figura sacerdotal de José Antonio Plancarte y Labastida

Juan Esquerda Bifet

INDICE

Introducción: Así fue el Buen Pastor

1. Rasgos de una vida apostólica

- A) Visión de conjunto
- B) Un camino profético

2. Llamado al sacerdocio

- A) Inicio y afianzamiento de una vocación
- B) La alegría de ser sacerdote

3. En el ejercicio del ministerio

4. El seguimiento evangélico

5. Sacerdote diocesano

6. Dimensión mariana de su sacerdocio

7. El Buen Pastor da la vida

Conclusión: Las huellas imborrables de una figura sacerdotal

INTRODUCCION: ASI FUE EL BUEN PASTOR

Junto a la entrada de la Basílica Antigua de Nuestra Señora de Guadalupe, hay una estatua de mármol muy familiar a todo mexicano y a muchos peregrinos. Representa al P. José Antonio Plancarte y Labastida, Abad de la Basílica mariana desde 1895 a 1898.

Bien merece ese lugar el P. José Antonio Plancarte. Sus restos mortales se encuentran actualmente en la cripta del Cabildo y Abades de la Basílica Nueva. Gran apóstol mariano, restauró el antiguo templo guadalupano (desde 1886), colaboró en la elaboración y aprobación del texto definitivo del oficio de la Virgen (1894), en que se afirma la historicidad de las apariciones, e hizo posible la coronación pontificia de la imagen milagrosa (1895).

El P. José Antonio Plancarte es conocido hoy por sus numerosas obras apostólicas y de caridad, especialmente en el campo de la educación, como fundador de las Religiosas Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Su espíritu apostólico incansable y sanamente renovador, siempre fiel a la Iglesia, sin buscar nunca los propios intereses, perdura en la labor oculta de sus hijas espirituales que resumen su vida consagrada en el lema "Valor y Confianza". Pero también perdura, como "huella" oculta, en muchos sacerdotes que, sin saberlo, son herederos de su espíritu sacerdotal.

El P. José Antonio hizo todo esto porque fue sacerdote: siempre, del todo y sólo sacerdote. Y precisamente sacerdote diocesano y formador de sacerdotes. La afirmación subrayada no tiene sentido de comparaciones inútiles ni de competencias, porque él, como diocesano y precisamente por serlo, fundó un Instituto religioso femenino, hizo posible que entraran en México algunas Congregaciones religiosas y colaboró siempre con cualquier personal apostólico, sacerdotal, religioso y laical.

El título de esta semblanza es de línea profética: "SEGUIRAN SUS HUELLAS". Son palabras de Pío IX, en carta dirigida al P. José Antonio el 28 de febrero de 1877, en la que bendice y alienta el hecho de enviar jóvenes levitas a Roma para prepararse al sacerdocio. El Papa alaba su "celo y piedad sacerdotal" y afirma que esos "jóvenes... seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en la salvación de las almas". Pero el Sumo Pontífice no deja de aludir a las dificultades que irán surgiendo... Porque un "profeta" tiene siempre, sin buscarlo, vocación de "mártir".

He preferido poner a mi breve estudio este título profético del Papa Pío IX. Hubiera querido también ponerle un subtítulo: "Así fue el Buen Pastor". Lo he colocado como línea dinámica de esta introducción. Es que, después de leer la Exhortación Apostólica sobre la formación sacerdotal ("Pastores dabo vobis", PDV, 1992) y encontrar en ella repetidamente las palabras "signo" y "transparencia" (siempre en relación al Buen Pastor), me pareció que el P. José Antonio Plancarte fue de verdad, en su tiempo, esa

figura sacerdotal que transparenta la caridad del Buen Pastor. Efectivamente, en su vida aparece lo que el concilio Vaticano II dice del estilo que ha de tener todo sacerdote: "ascesis propia del pastor de almas" (PO 13).

Nos faltan hoy modelos de vida sacerdotal. Y no es que no los haya en la historia y, de modo especial, en la historia reciente de México. José Antonio Plancarte y Labastida es una figura sacerdotal que merece ser más conocida e imitada. Una figura cristiana nunca margina a las demás, sino que hace resaltar lo peculiar de cada una: los Yermo, Castellanos, Martínez, Ibarra, Guízar, Ramírez, Rougier, Vilaseca, de la Mora, Andá, Pro, Carrillo y tantos otros, sin olvidar a los párrocos y sacerdotes mártires, se han santificado gracias también a su interrelación y comunión. Y habrá que recordar a Intituciones y figuras femeninas que les han ayudado a sostenerse generosamente en su espíritu sacerdotal y apostólico. Los santos no están nunca solos, porque han vivido la comunión eclesial, que es "comunión de los santos". El Espíritu Santo moldea a los santos personalmente, de uno en uno y en comunión, para formar una sola familia eclesial que transparente a Cristo. En la canonización del obispo Ezequiel Moreno (11 de octubre de 1992), Juan Pablo II afirma que las vidas de esas personas santas "son modelo y fuente de inspiración para las nuevas generaciones".

"SEGUIRAN SUS HUELLAS", le dijo al P. Plancarte el Papa Pío IX. Descubrir o redescubrir a un sacerdote santo, equivale a ponerse en sintonía con los planes salvíficos de Dios. Las épocas son distintas. La actitud del Buen Pastor, que da la vida, es la misma. Se podrá responder al desafío de una nueva época, sólo cuando se imite la actitud profunda de santos sacerdotes de la historia. Estos "maestros de pastoral... nos siguen hablando a cada uno de nosotros"; su respuesta a la santidad sigue siendo regla de vida, puesto que "no existe otra regla que ésta para estar al día en nuestra vida y en la actividad sacerdotal, en nuestro tiempo y en la actualidad del mundo" (Juan Pablo II, Carta del Jueves Santo, 1979).

A mí me parece que el decreto conciliar sobre la vida y el ministerio sacerdotal ("Presbyterorum Ordinis") y la exhortación postsinodal sobre la formación sacerdotal ("Pastores dabo vobis"), serán una realidad en los Presbiterios diocesanos, sólo cuando haya sacerdotes dispuestos a seguir evangélicamente a Cristo, como hizo José Antonio Plancarte y Labastida. Necesitamos intercesores, patronos y modelos, que sean testigos gozosos de lo que es ser sacerdote en el Presbiterio de la Iglesia particular, en la cual se asuma responsablemente (en la comunión con el carisma de Pedro y de sus sucesores) la misión para Iglesia universal. El P. Plancarte, a imitación de Cristo, "amó a la Iglesia y se entregó por ella" (Ef 5,25). Su gesto "martirial", de quien supo "sufrir" por el bien de la Iglesia (Col 1,14; Gal 4,19), sigue siendo un gesto "profético", que puede seguir despertando una pléyade de santos sacerdotes.

En su visita al Pontificio Colegio Mexicano de Roma (24 de noviembre de 1992), Juan Pablo II ha invitado a los sacerdotes

mexicanos a programar su formación permanente redescubriendo y tomando como ejemplo a los sacerdotes ejemplares que les han precedido en una labor apostólica que fue, a veces, profética y martirial.

"Seguirán tus huellas" es, pues, un anuncio profético: muchos sacerdotes párrocos, formadores, animadores... reencontrarán la alegría de ser sacerdotes, sin buscar otro premio que el de vivir "una vida escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3). El Buen Pastor fue así...

1. RASGOS DE UNA VIDA

A) Visión de conjunto

Una fisonomía se puede describir claramente por medio de unos rasgos clave. La fisonomía sacerdotal del P. Plancarte fue de vivencia gozosa de la vocación (n.2), de plena dedicación al ministerio (n.3), con una vida evangélica a imitación de los Apóstoles (n.4), como sacerdote diocesano plenamente dedicado a la Iglesia particular formando una familia sacerdotal (n.5), sintiendo la presencia de María como figura de la Iglesia universal (n.6). Son rasgos proféticos y "martiriales", como transparencia del Buen Pastor (n.7).

Pero estos rasgos, de Plancarte y de todo buen sacerdote, están enmarcados en el "aquí y ahora" de unas coordinadas de espacio y de tiempo, que vamos a resumir en este primer apartado.

Hacer el resumen de una vida tan rica en contenido, no resulta fácil. José Antonio Plancarte nace en México (de familia residente en Zamora, Michoacán) el 23 de diciembre de 1840. Su infancia transcurre entre Zamora (1840-1847), Morelia (1847-1854) y Puebla (1855-1856). Durante su juventud, realiza sus estudios superiores en Oscott (Inglaterra) (1856-1861). Habiendo sentido la vocación sacerdotal, pasa a Roma (1861), donde estudia teología y se ordena de sacerdote el 11 de junio de 1865. De regreso a México, fue párroco de Jacona (Zamora) desde 1866 hasta 1882. Allí funda las religiosas Hijas de María Inmaculada de Guadalupe (1878), para la educación de la infancia y juventud, especialmente de la mujer y de los más pobres. En la capital y arquidiócesis de México pasará el resto de su vida como visitador de Colegios y escuelas, rector del Colegio clerical de San Joaquín, Abad de la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, mientras, al mismo tiempo, desarrollaba servicios ministeriales como "misionero apostólico" (título de la Propaganda Fide) en diversas regiones del país. Después de restaurar el antiguo templo de Guadalupe y de construir el templo de expiación nacional de San Felipe de Jesús, muere el 26 de abril de 1898 en Tacuba (México, D.F.). Pero una vida no puede resumirse así, tan friamente.

Hoy podemos disponer del diario de José Antonio Plancarte, que abarca casi toda su vida. Las biografías que hemos citado ya han aprovechado los datos principales y aclarado los momentos más difíciles. Pero no se llega fácilmente al corazón de una persona con tanta vitalidad espiritual como la de Plancarte. Sus notas autobiográficas son transparentes, sinceras, valientes, sin ocultar defectos ni cualidades, dejando entrever una fidelidad generosa, gozosa y sufrida a todo signo de la voluntad de Dios, con un amor incondicional a la Iglesia.¹

¹ Aprovechamos los datos del Diario del P. Plancarte y Labastida, su Epistolario y las biografías existentes, especialmente: A. TAPIA MENDEZ, José Antonio Plancarte y Labastida, Profeta y Mártir, México, Edit. Jus 1973; J.G. TREVIÑO, Antonio Plancarte y Labastida, Abad de Guadalupe, México 1948; F. PLANCARTE Y NAVARRETE, Antonio Plancarte y Labastida, México 1914.

B) Un camino profético

La familia de José Antonio era profundamente cristiana, descendiente de grandes personalidades en los sectores de la vida política, intelectual, económica y eclesiástica. José Antonio fue el décimo de once hermanos. Sus padres, D. Francisco Plancarte y Arceo, D^a. Gertrudis de Labastida y Dávalos. Su hermano mayor, José María, hará las veces de su padre al morir éste. Su tío, hermano de su madre, D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, será obispo de Puebla, XXIII arzobispo de México y grande personalidad eclesiástica y política a nivel internacional. Su sobrino, Francisco Plancarte y Navarrete (discípulo de José Antonio), será primer obispo de Chiapas, de Cuernavaca, arzobispo de Linares (Monterrey) y testigo cualificado de la vida de José Antonio.

De niño, José Antonio quedó marcado por los ejemplos de su padre (buen trabajador, recio, austero, recto) y de su madre (piadosa y sacrificada). De ella dice en su diario: "con mil trabajos me hacía rezar mi madre el rosario".

Durante sus estudios en el Colegio-Seminario de Morelia (1847-1854), se mostró buen estudiante. Su tío Don Pelagio era rector del Colegio. La madre le califica de "el más querido de sus hijos" (carta de 1850).

A juzgar por el diario autobiográfico, José Antonio aparece dotado de cualidades de relación, describiendo detalladamente sus amigos y amigas, dedicado al estudio sin omitir los momentos de deporte y de diversión. No deja la Misa y describe alguna vez su acción de gracias de la comunión eucarística. Del Colegio de Morelia escribe en 1852: "La religiosidad es muy grande, y hay muchos actos devotos en el año... Este Colegio tiene una Biblioteca muy buena y muy bonita... es uno de los Colegios mejores de México... han salido de allí hombres tan sabios y útiles a nuestro País y a nuestra Iglesia pues es el Colegio que ha tenido y ha producido los mejores Teólogos que hay en México".

Al ser nombrado su tío Don Pelagio obispo de Puebla, pasa a estudiar en el Colegio-Seminario Palafoxiano (1855-1856). Debido a la guerra de Intervención y a los condicionamientos ambientales del Colegio, los estudios no le fueron tan bien. En el diario, José Antonio se muestra detallista y observador (describiendo su viaje a México), muestra nostalgia de Zamora (a donde había vuelto su madre), describe la mala situación del Colegio. Ni en Morelia ni en Puebla, aparecen señales de vocación; más bien escribe a su hermano mayor José María que quiere "dedicarse al comercio" porque, dice, "yo no he de ser Padre".

Don Pelagio, Obispo de Puebla, fue desterrado el año 1856. La familia decide que José Antonio y su hermano Luis sigan a su tío. El viaje, un tanto accidentado, pasa por La Habana (donde se reunen con Don Pelagio) y sigue a Vigo (España) con intención de ir a Cádiz. Pero la epidemia de cólera hace que se dirijan a Inglaterra. Don Pelagio consigue del Cardenal Nicolás Wiseman que

sus sobrinos ingresen en el colegio de Santa María, de Oscott, cerca de Birmingham. Era un colegio para aristócratas ingleses, que se preparaban para carreras civiles técnicas (comercio, ingeniería, etc.). Allí encontró José Antonio al mexicano Ignacio Montes de Oca y Obregón (que sería obispo de San Luis), quien, por encargo de Don Pelagio, será su tutor y también su mejor amigo.

Los años de Oscott (1856-1861), modelaron profundamente la vida de José Antonio en todos sus niveles, desde los 16 hasta los 22 años. Su diario, detallado y preciso, deja entrever como un cristal, todo su corazón, con cualidades y defectos, con luchas y esperanzas. En el diario y en las cartas a su hermano mayor, a su tío y a su madre, aparece todo: progreso en los estudios, ilusiones proyectos para el futuro, desengaños, sufrimientos (muerte de su madre en 1859), añoranzas de la patria, vida religiosa (Ejercicios, actos de piedad...). Y también las primeras señales de vocación sacerdotal (diario del año 1860). En las notas de Ejercicios espirituales aparece la frase: "firmes propósitos de vivir una vida más arreglada".

Entre 1860 y 1862 hay un carteo con su hermano José María y con su tío Don Pelagio, acerca de su posible vocación sacerdotal. Las señales son cada vez más claras y también las decisiones se muestran más firmes. Este forcejeo por convencer a los suyos, así como los primeros síntomas de enfermedad de estómago, hicieron que José Antonio dejara Oscott (donde había estado seis años) para trasladarse a Roma. Don Pelagio se encontraba allí por asuntos políticos y eclesiásticos de México.

Acompañando a su tío en una audiencia del Papa Pío IX (1862), cuando manifestó al Papa su deseo de ser sacerdote, éste le dio como lema: "Señor, enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios". Los acontecimientos se fueron sucediendo en sentido positivo: fue admitido en la Academia Pontificia de Nobles, por recomendación del Cardenal Wiseman y de Don Pelagio. El 8 de junio asistió a la canonización de San Felipe de Jesús, mártir mexicano en Japón con otros 25 mártires, dejando en el corazón de José Antonio una huella imborrable. Hizo un viaje a Oscott para despedirse, donde (sólo esta vez) le recibieron friamente. Hizo un viaje a Tierra Santa, dejando constancia detallada en su diario. El 8 de noviembre entró en la Academia Pontificia y se matriculó en el Colegio Romano (universidad Gregoriana) para el "curso menor" de teología que duraría tres años. En la audiencia de Pío IX (acompañando al Rector de la Academia), el Papa hizo alusión al viaje a Tierra Santa. José Antonio anota en su diario: "Su Santidad estuvo tan amoroso y cariñoso como siempre... y me dijo: pues ya te has santificado, ahora a estudiar con empeño" (1 de diciembre de 1862).

El diario del trienio 1862-1865 deja constancia de todos los aspectos de la vida: estudios, actos piadosos, Ejercicios espirituales, visitas en Roma y alrededores... Se transparenta toda su vida interior, sus consultas espirituales y su camino hacia el sacerdocio, como seguimiento evangélico y radical de Cristo. Aparecen hasta sus dudas concretas y luchas sobre la vocación, con las consultas subsiguientes. Mientras tanto, su tío

Don Pelagio fue nombrado arzobispo de México (1863).

El texto de sus oraciones escritas indica una decisión de seguir al Buen Pastor renunciando a ventajas temporales y cargos honoríficos. Consulta también sobre si se ha de hacer religioso o ser sacerdote secular (diocesano). La razón decisiva para seguir el sacerdocio diocesano es, según su director espiritual, su deseo de trabajar en la formación de sacerdotes y de futuros sacerdotes. La salud no era buena y, por consejo médico, tuvo que hacer curas dolorosas en las montañas de la Silesia (Austria, hoy Checoslovaquia).

Su preparación inmediata para la ordenación, así como la celebración de la misma y la primera Misa, ha quedado detallada minuciosamente en su diario. Todo transpira gozo de ser sacerdote y de gastar toda la vida en el trabajo pastoral. Muchas veces durante su vida volverá a leer su diario y especialmente sus propósitos de ser fiel a la consagración sacerdotal y al seguimiento evangélico. Cristo estaba en el centro de su pensar, sentir, querer, programar y actuar. A la Virgen María la siente cercana y maternal. La ordenación sacerdotal tuvo lugar el 11 de junio de 1865 en Tívoli (fiesta de la Santísima Trinidad), con las dimisorias del arzobispo de México (su tío Don Pelagio), a quien él llamará siempre "mi Prelado".

Su primera Misa la celebró, con numerosa asistencia de la colonia mexicana, en la Iglesia de San Ignacio, en el altar de San Luis Gonzaga, el día 13 de junio (1856), fiesta de su patrono San Antonio. Plancarte lo veía todo como signos del amor de Dios y de compromiso espiritual y pastoral para el futuro.

El regreso a México se precipita. De la despedida de Pío IX anota: "dijo que yo me debía empeñar mucho en formar en el Seminario clérigos virtuosos e instruidos". El Papa le rogó que enviara jóvenes al Colegio Pío Latino Americano de Roma. Celebró la eucaristía sobre la tumba de San Pedro (11 de octubre de 1865). Quiso también pasar por Oscott para despedirse de sus queridos formadores. Llega a México, a sus 25 años, a tiempo de celebrar la Navidad en familia (Zamora), después de una ausencia de nueve años.

Después de presentarse al primer obispo de Zamora (José Antonio de la Peña y Navarro), inició inmediatamente su ministerio sacerdotal el 1 de enero de 1866. Su tío y Prelado Don Pelagio, arzobispo de México, estaba de acuerdo en que, de momento, quedara allí. Su trabajo pastoral se repartía entre Zamora y Jacona, ayudando a los párrocos en todos los ministerios: predicación, confesonario, Ejercicios espirituales, celebraciones litúrgicas... La celebración del mes de mayo en Jacona (año 1867) fue una verdadera misión popular con clausura apoteósica.

Recibió el nombramiento de párroco de Jacona el mes de mayo de 1867. No le valió decir que era indigno y que pertenecía al arzobispado de México. Incluso presentó la renuncia. Pero su tío Don Pelagio dio el consentimiento para seguir allí como párroco. Cuando se presentó al pueblo como párroco, les indico su programa

de vida: "anuncié al pueblo mi nombramiento de Cura, manifestándoles que estaba aquí para servirles y no para que me sirvieran" (30 de mayo de 1866).

Durante 15 años de párroco, Plancarte desarrolló una labor apostólica intensa y organizada, especialmente por medio de la predicación, catequesis, vida litúrgica, piedad popular, obras de caridad. Reconstruyó el santuario de Nuestra Señora de la Raíz, cambiando su nombre (por indicación de Pío IX) con el de Nuestra Señora de la Esperanza. Fundó el Colegio de la Purísima para niñas (1867), donde aplicó una metodología pedagógica sanamente renovadora, que sería criticada por algunos. Colaboró (por petición del Obispo) en misiones populares por diversas parroquias de la diócesis. Construyó un nuevo cementerio, hizo empedrar calles del pueblo (para dar trabajo a las gentes), reconstruyó el templo parroquial. En 1873 fundó el colegio de niños "San Luis Gónada", donde implantó la pedagogía aprendida en Oscott. Con el permiso del gobierno y la aprobación y ayuda de su tío Don Pelagio, hizo construir el tranvía Zamora-Jacona.

Las costumbres de Jacona mejoraron notablemente. El método de predicación, por preguntas y respuestas (aprendido de los jesuitas en Roma), resultó muy eficaz. Su caridad hacia los pobres se plasmó en el Asilo de San Antonio, fundado en 1875. Era fruto de su decisión de dedicarse más a la educación de los pobres. No le faltaron contradicciones y críticas, así como una multa y dos meses de cárcel por orden del Prefecto.

Hizo erigir la Congregación de Hijas de María en 1871. Pidió ayuda a una Congregación religiosa para atender a sus obras educativas y caritativas; ante la negativa, el obispo Dono José Antonio de la Peña le aconsejó y le autorizó a fundar una Congregación propia (1875). Durante un viaje a Roma y Tierra Santa (1877), estudió las reglas religiosas de diversas Congregaciones y redactó el reglamento para su Congregación. Al llegar a México, presentó este reglamento a Don Pelagio, quien dio su asentimiento. Hacen sus votos religiosos las ocho hermanas fundadoras el 2 de febrero de 1878. La aprobación del nuevo obispo de Zamora, Don José María Cázares, sería en 1879. El nombre definitivo será más tarde (en 1885) el de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Ya en 1869, Don Pelagio le había recordado el compromiso de enviar estudiantes al Pío Latino de Roma. Tal había sido el deseo que le había manifestado el Papa Pío IX durante sus estudios en Roma. Los cinco primeros estudiantes partieron en 1870. Desde entonces, el número iría creciendo. En 1876 acompañó personalmente a 17 jóvenes, trece de los cuales fueron al Pío Latino. En 1881 regresarían los tres primeros sacerdotes graduados en Roma. Con el correr de los años serían unos 50, de los cuales siete fueron obispos, como sigue: Francisco Plancarte y Navarrete: Campeche 1896; Cuernavaca 1898, Monterrey 1912; José Mora y del Río: Tehuantepec 1893, Tulancingo 1902, León 1907, México 1908; Leopoldo Ruíz y Flores: León 1900, Monterrey 1907, Morelia 1912; Francisco Orozco y Jiménez: Chiapas 1902, Guadalajara 1915; Juan Herrera y Piña: Tulancingo 1907, Monterrey 1921; Manuel Fulcheri y Pietra Santa: Cuernavaca 1912, Zamora 1922; Gerardo Anaya y Díez de

Bonilla, Chiapas 1920.

Fiel a los propósitos de su ordenación sacerdotal, nunca buscó ni admitió cargos de honor. En 1871, apoyado por su tío Don Pelagio, renunció al nombramiento de canónigo, aludiendo a sus propósitos de Roma y a su vocación de educador. Su tío, escribiendo al obispo de Zamora, añadió este otro motivo: "el grado de mayor perfección a que aspira".

Las dificultades, procedentes de acusaciones infundadas, se fueron sucediendo durante todo el tiempo mientras fue párroco de Jacona. Su metodología apostólica, su pedagogía educativa y el auge de su recién fundada Congregación, suscitaron sospechas y dieron pie a calumnias. Ya en tiempo del obispo Peña (1876), éste le habían dicho que no creía fundadas tales acusaciones. Pero las dificultades se agravaron en tiempo del obispo Cázares (desde 1878). Este, a pesar de informar a Don Pelagio que se trataba sólo de suposiciones, dio crédito a las acusaciones, originando un sufrimiento enorme en Plancarte, siempre obediente y fiel a su obispo. Durante una entrevista con el Obispo, pidió que se llamara a los acusadores para declarar bajo juramento, pero el Prelado no accedió.

Por documentos posteriores, se sabe que se trataba de una acusación grave "ex informata conscientia", como si se tratase de secreto de confesión, pero sin fundamento objetivo. Las dificultades y malentendidos fueron en aumento por falta de confianza de parte del Prelado, a quien algunas personas habían predispuesto en contra de Plancarte. Todo era motivo de acusación: los colegios, el asilo, la Congregación religiosa recién fundada, la administración de los bienes... No tuvieron mejor suerte otros párrocos y sacerdotes ejemplares de la época.

El día 24 de abril de 1882, por carta de la Mitra, se le comunica al P. Plancarte que queda destituido de párroco: "...entregue Vd. su Curato de Jacona a"... "cesa, pues, en el encargo de párroco... dándole a Vd. las gracias"... Plancarte escribió al obispo un carta agradeciéndole le hubiera descargado de la responsabilidad y pidió perdón si hubiera ofendido en algo. En el diario del P. Plancarte encontramos estas notas: "Estoy tan acostumbrado a sufrir, que más bien siento consuelo al ver la disposición superior por lo que toca al Curato, y tristeza porque cada letra (de la carta) es un desengaño para mí"... después de la entrega de la parroquia, deja constancia: "Mi conciencia está tranquila, bendito sea Dios... Todos me quieren más que cuando tomé posesión de esta parroquia quince años ha"... Su despedida de los feligreses es un texto de antología, poco común: "dirigí las palabras con mucho esfuerzo para no llorar, manifestando mi gratitud al pueblo, pidiéndoles perdón, recomendándoles recibieran bien al nuevo Párroco, y encargándoles a éste les viera como hijos" (diario del 21 de mayo de 1882).

El P. José Antonio Plancarte y Labastida, cargado de experiencia pastoral, algo maltrecho en la salud y experimentado en la cruz, marchó a México D.F., de cuyo obispo (su tío Don Pelagio) había dependido siempre como ordenado con sus dimisorias.

El servicio pastoral en la diócesis de Zamora había sido una prestación misionera, que duró desde 1866 hasta 1882. Ahora, desde 1882 hasta su muerte (1898), va a desplegar una actividad pastoral todavía mayor.

Los primeros momentos de su estancia en México D.F. fueron de adaptación a nuevas labores apostólicas. Su tío Don Pelagio le sugirió unir su Congregación a la del P. José M^a Vilaseca, fundador de las Misioneras Josefinas, pero la unión no pudo realizarse por diferenciación de carismas; el P. Plancarte, a pesar de estas discrepancias, siempre le mostró respecto y aprecio. Un viaje a Roma (1882) y a Tierra Santa le ayudó a encontrar mejor su camino específico. En su diario refleja serenidad, perdón, planificación espiritual y pastoral. La aconsejaron unir su grupo sacerdotal a alguna institución misionera o religiosa. Su corazón estaba abierto a cualquier sugerencia buena; pero tampoco se pudo realizar este plan. En su visita a España consiguió religiosos y religiosas para trabajo apostólico en México (Claretianos y Damas del Sagrado Corazón).

En el Distrito Federal, su labor apostólica se irá multiplicando por encargo del obispo: predicaciones continuas, misionero apostólico, visitador a Colegios, Director del Colegio de San Joaquín para futuros sacerdotes... El cuidado de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe (erigidas canónicamente con ese nombre en 1885) le llevará a dedicarse más, por medio de ellas, a los servicios de caridad para con los pobres. Colaboró, con su sobrino el P. Miguelito Plancarte, a la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza en Jacona (1886). Se le encargó la reconstrucción de la Colegiata de Guadalupe y él llevó a cabo la construcción del Templo Nacional Expiatorio de San Felipe de Jesús.

Después de la muerte de su tío Do Pelagio (1891), Plancarte siguió en las mismas tareas pastorales por reconfirmación del nuevo arzobispo, Próspero María Alarcón. Colaboró en la redacción y aprobación del nuevo oficio de Nuestra Señora de Guadalupe (1892-1894), en el que se reafirma la historicidad de las apariciones a Juan Diego.

En 1895 fue nombrado Abad de la Colegiata de Guadalupe y Obispo titular de Constancia. Al saberse la noticia, llegaron a Roma acusaciones en contra por parte de los canónigos de la Colegiata y también por parte del obispo de Zamora. Se repitieron las acusaciones de cuando era párroco de Jacona. La consagración episcopal quedó en suspenso. Mientras tanto, tuvo lugar la coronación canónica de la imagen de la Virgen de Guadalupe (25 de octubre de 1895), que había preparado Plancarte. El asistió a la ceremonia desde la capilla del sagrario, inundado de lágrimas de alegría, como olvidado de sí mismo. En su diario apunta: "fue la fiesta religiosa más solemne que ha visto el Nuevo Mundo".

Mientras sigue su calvario de calumnias y acusaciones contra él, llega el decreto laudatorio pontificio sobre el Instituto de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe (21 de mayo de 1896, León XIII). El Visitador Apostólico (Nicolás Averardi) hizo una

minuciosa investigación del caso Plancarte. El Visitador estaba convencido de su inocencia, pero le pidió que presentara la renuncia. Plancarte, también aconsejado por sus amigos y discípulos, presentó un texto de renuncia, decidido y obediente, del que le hicieron redactar tres fórmulas sucesivas. En una primera redacción pedía (por el bien de las almas, de su Congregación y de su familia) que se aclarara en juicio canónico su culpabilidad o su inocencia (era un fórmula parecida a la que él anteriormente había enviado al Cardenal Rampolla). También a esto tuvo que renunciar, y lo hizo decididamente y con humildad: "dejo mi causa a la justicia y a la misericordia de Dios".

El Visitador Apostólico, convencido de la inocencia de Plancarte, hechas las debidas investigaciones, le rogó aceptase ser nombrado obispo residencial, a modo de reparación de lo que se había hecho contra él. Pero el P. José Antonio ya tenía una experiencia más profunda de la cruz y, sin negarse a un eventual encargo de la Iglesia, presentó su renuncia a esta nueva propuesta. En su diario y en sus cartas a amigos y al Rector del Colegio Pío Latino de Roma, renueva sus propósitos de la ordenación sacerdotal (repetidos otras veces en su diario), de no buscar cargos de importancia y de honor.

En 1897 tuvo lugar la consagración del Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús. Ahí encontró su lugar propio, el más adaptado para él en esos momentos finales de su vida terrena: horas de oración, jornadas y noches de predicación continua, ministerio de la reconciliación y dirección de almas... Así lo anota en su diario: "En el templo expiatorio, en el templo del pecador, allí estoy bien y debo ser la figura prominente. Allí debo vivir los últimos años de mi vida, recogido en el silencio y representando a los pecadores"... En consecuencia de esta convicción, presentó al Visitador Apostólico renuncia de Abad de Guadalupe... Fue en vano, porque llegó pronto la hora del encuentro definitivo con Cristo.

El año 1898 fue lleno de actividades apostólicas, siempre acompañadas de largas horas de oración, con una salud resquebrajada. Vio tres fundaciones más de sus hijas guadalupanas. "Hijas, me falta mucho", les decía.

El 24 de abril de 1898 se agravó su dolencia de estómago con vómitos continuos. Se confesó, recibió la unción y el viático. El 26 de abril le llegó la última llamada del Señor. Rodeado de sus Hijas y de algún sacerdote amigo, dijo: "Me encomiendo mucho a la Santísima Virgen de Guadalupe... Si a alguno ofendí, le pido perdón... Y si alguno me ofendió, no tengo en mi corazón ningún resentimiento... Pues nada... lo que Dios quiera".

Al saber su muerte, acudieron sus discípulos y amigos sacerdotes, su gran amigo el obispo de San Luis de Potosí (Montes de Oca), y también el representante del Papa, el Visitador Apostólico Nicolás Averardi. Las exequias se celebraron en la antigua Colegiata de Nuestra señora de Guadalupe, y allí quedaron sus restos mortales, como el granito de trigo que tenía que morir en el surco para dar el fruto (Jn 12,24)...

Párroco, educador, apóstol social, "misionero apostólico", formador de sacerdotes, fundador de religiosas, abad de Guadalupe..., pero siempre al estilo del Buen Pastor que da la vida. Así fue el P. José Antonio Plancarte y Labastida. Otros "seguirán sus huellas"...

2. LLAMADO AL SACERDOCIO

A) Inicio y afianzamiento de una vocación

El nacimiento de una vocación sacerdotal es siempre irreplicable, inesperado. Es un don de Dios, que hay que descubrir "por los signos que cotidianamente dan a conocer a los cristianos prudentes la voluntad de Dios" (PO 11). En toda vocación sacerdotal aparecen las huellas de una presencia mariana (cfr. PDV 82), que ayudan a descubrir la mirada amorosa y la voz inequívoca de Cristo: "sígueme" (Mc 10,21).

En José Antonio no aparecen señales explícitas de vocación antes de sus estudios en Oscott. A sus quince años, todavía estudiando en Puebla, había escrito a su hermano José María que quería "dedicarse al comercio", diciendo con aplomo: "yo no quiero ser Padre". El año 1857, ya en Oscott, cuando tenía 17 años, escribe de nuevo a su hermano mayor, manifestando la disponibilidad de obedecerle en todo, pero deja entender una cierta duda sobre su porvenir: "de mi profesión que deberé seguir, mi edad no me permite determinar".

¿Qué podría haber originado esta duda? En su diario de Oscott (desde 1856) anota experiencias fuertes de encuentro con Cristo y experiencias de devoción mariana, especialmente durante el mes de mayo. Las dificultades le urgían a buscar solución en el trato con Cristo y con María. De hecho, años más tarde (1865), días antes de su ordenación sacerdotal, dirá del mes de mayo: "¡Llegó por fin el mes de mayo, el mes de María, el mes de mi vocación al sacerdocio, el mes más lleno de recuerdos para mí". Cuando después de la ordenación pasará por Oscott (octubre de 1865), recuerda en su diario una anécdota de este pasado: "fui a ver a Mr. Böttler, persona que siempre había querido mucho y que nunca olvidaré, pues él fue quien un día al ver lo bien que adornaba altares, me dijo: 'Vd. ha errado vocación', y estas palabras se grabaron en el corazón y fueron el principio de mi vocación sacerdotal".

Es desde 1860, a sus 20 años, cuando, en sus frecuentes cartas a su tío Don Pelagio y a su hermano mayor, aparece claramente su decisión y sus motivaciones para ser sacerdote. En su epistolario y en su diario indica unas pistas de discernimiento: "empecé a examinar los diferentes estados en que vive el hombre, y mis propias inclinaciones; y este examen dio por resultado que la vida eclesiástica era la más segura para mí".

Su hermano mayor se opuso, tildándole de hipócrita. José Antonio comenzó a sentir las dudas y tentaciones. Consultó, practicó Ejercicios Espirituales, oró muy intensamente. El carteo con Don Pelagio está lleno de colorido. "No he cambiado de pensamiento, sino a ratos", dice. Habla de "tentaciones" y añade: "pero entonces me consuela pensar en la gracia que el sacramento del Orden da al hombre... ¡Dios y María Santísima me den gracia para empezar y acabar!" (11 de enero de 1861). "Mis inclinaciones para ser sacerdote aumentan" (18 de febrero de 1861). En su diario anota que se cuidaba de la sacristía del colegio: "estos roces con las cosas sagradas y los Ejercicios me afirmaron mis ideas más

que nunca". Describe también su vida eucarística y la oración que hacía durante la comunión: "Dios mío, llamadme al estado en que queréis que os sirva".

Su hermano José María insistió (en cartas a José Antonio y a Don Pelagio), en que debía dejar su idea de ser sacerdote. Probablemente debido a esta lucha interna y externa, se resintió su salud, pero, alentado por sus consejeros espirituales y apoyado en la oración, escribió muy resuelto a su hermano: "¡Qué felicidad tan grande es ser Ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa sangre... En cualquier estado hay felicidad si se tiene vocación para él y Dios da su gracia" (24 de enero de 1862). Años más tarde, a la muerte de su hermano (acaecida en 1874), dirá de él con respecto y cariño: "fue el crisol de mi vocación".

El espaldarazo de su vocación lo encontró, ya en Roma (1862), cuando, acompañando a su tío en una audiencia papal y habiendo manifestado a Pío IX su deseo de ser sacerdote, el Papa le dio como lema y oración: "Señor, enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios" (cfr. Sal 142, 10). Don Pelagio escribió al hermano mayor, que todavía insistía en un cambio de rumbo: "ni tú ni yo somos capaces de hacerlo variar; ni tampoco habríamos podido influir... No le gustan ni toma interés por otras cosas que las que tiene algo de eclesiástico y divino". En carta posterior añadirá: "nada es capaz de separarlo de su vocación... respetemos este arcano".

El viaje a Tierra Santa (1862) le corroboró en el seguimiento evangélico. Su debilidad ("mi debilidad y mi miseria", dice él) puede ser superada con la gracia. Los sucesos de 1862, año decisivo para su vocación, quedan resumidos así en el diario: "El Señor se compadeció de mí y me condujo insensiblemente por sus secretos caminos al fin que yo deseaba, es decir, me hizo conocer claramente que su divina voluntad era que yo le sirviera en el estado del sacerdocio... Mi viaje a Roma, mi resolución de continuar allí mis estudios y la visita a los Santos Lugares, son los acontecimientos que han sellado mi porvenir".

B) La alegría de ser sacerdote

Para José Antonio, ya el hecho de aspirar a ser sacerdote era su mayor felicidad. Comenzar los estudios eclesiásticos en esta dirección era, según sus mismas palabras, "la cosa principal de mi vida". En su diario, durante los años preparatorios al sacerdocio, todo gira alrededor de esa aspiración: consultas, Ejercicios, oración, dedicación a los estudios, convivencia, visitas culturales y religiosas, etc. Todo le ayudó a afianzarse en su vocación: "me quedé convencido de que mi vocación era de Dios". Esta ilusión de ser sacerdote le hizo superar toda suerte de sacrificios, especialmente las dolorosas curas en las montañas de Silesia: "Sólo mi vocación al sacerdocio (escribe en el diario) pudo haberme dado valor y resignación para sufrir mi curación en Graeffenberg".

Su preparación para cada una de las Ordenes sagradas ha quedado detallada en su diario. Sus sentimientos afloran

frecuentemente en forma de oración, para expresar sus deseos de santidad, gratitud, celo de almas, seguimiento evangélico especialmente en pobreza y dedicación al apostolado: "¡Divino Maestro! Tú... sabes muy bien que mi única ambición al abrazar el sacerdocio, es el deseo de vivir santamente... Tú me diste esta mira y deseo; Tú no contradices los medios que pongo para alcanzarlo; yo obro de buena fe; todos mis confesores y personas que he consultado creen que tengo verdadera vocación; siempre he estado en paz contigo, en estos cuatro años que llevo de meditarlo, no he tenido la menor duda en seguir tus huellas... Mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas; mis jardines han sido el imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando ejercicios, catequizando... ser digno de tu altar y padre verdadero del pueblo que pongas en mis manos; honores y riquezas no he deseado"...

La persona de Jesús, profundamente sentida como presente en la propia vida, era como su centro vital. Para él, la "dignidad" de ser sacerdote significaba la unión estrecha con Jesucristo, para anunciarle, celebrar sus misterios (especialmente la eucaristía y la penitencia) y servir a los hermanos.

En una oración dirigida a la Santísima Trinidad, el mismo día de su ordenación que era también la fiesta de este misterio cristiano (11 de junio de 1865), resume sus sentimientos antes de ordenarse: "Te pido que me perdones todos los pecados de mi vida pasada, que me des dolor de ellos y gracia para enmendarlos, que me des a conocer el gran misterio que hoy se obrará en mí, y las disposiciones necesarias para recibir todas las gracias necesarias para el desempeño del santo ministerio... Que yo sea un buen sacerdote, que imite y estudie a mi Jesús"... Y pidiendo la intercesión de María, de San José, de los ángeles y santos, añade: "Que yo sea un buen sacerdote o que muera, es mi principal petición al cielo, y confiando en ella, en este momento me acerco al altar".

El momento de su consagración sacerdotal (11 de junio de 1865) lo vivió consciente de su pobreza y, al mismo tiempo, convencido del amor de Dios: "mis lágrimas se mezclaron con el óleo santo... y quedé para siempre hecho sacerdote... Mi corazón recobró en ese instante su antigua serenidad".

Sobre la primera Misa (13 de junio de 1865), escribe: "En esos momentos sentí y palpé la alta dignidad de ser sacerdote". Su donación, en el momento de la consagración eucarística, la expresó de este modo: "pedí con todo el corazón ser buen sacerdote o morir; ofrecí a Dios todo mi ser". Oró entonces por todos sus seres queridos y por toda la humanidad: "Me sentí como quien deja pagadas todas sus deudas y hace deudores a sus acreedores". El besamanos de la primera Misa le recordó que su dignidad era para servir a cualquier miembro de la comunidad eclesial: "indigno como hombre de servirles de suela de zapatos al ínfimo de entre ellos".

Al terminar el día de su primera Misa, deja constancia de sus sentimientos, resumiéndolos en forma de oración, por intercesión

de María y de los santos: "Que hagáis nacer en mí todas las virtudes de un buen sacerdote"...

Las palabras "júbilo", "alegría", "paz", "serenidad", "felicidad", se repiten continuamente en el diario sobre las Ordenes y la primera Misa. Al finalizar el día de la primera Misa con un retiro en San Eusebio, escribe: "De esta manera concluyó el día más feliz de mi vida, día santo, día de verdadera paz y júbilo que jamás volverá y que sólo tendrá rival en el cielo". Y anota en su diario: "en este día conseguí mi fin". Esta alegría no le impedirá considerarse siempre "indigno sacerdote" (como escribirá años más tarde a Pío IX, 28 de febrero de 1877).

Una característica de la identidad sacerdotal, que es fuente de vocaciones, es, según el concilio Vaticano II, el "gozo pascual" de ser sacerdote, para poder dar "el máximo testimonio del amor" (PO 11). El P. José Antonio Plancarte vivió siempre este gozo en relación a su ordenación sacerdotal y confiando en "la gracia especial que Dios da a sus ministros para que cumplan sus deberes" (diario de octubre de 1865, al pasar por Oscott).

3. EN EL EJERCICIO DEL MINISTERIO

La "consagración" sacerdotal es para la "misión". Ambos aspectos del sacerdocio se armonizan entre sí, como participación en la misma realidad sacerdotal de Cristo (PO 2). Los presbíteros son "segregados en el seno del Pueblo de Dios... para consagrarse totalmente a la obra para que el Señor los llama" (PO 3).

No sólo durante los días de la ordenación y primera Misa (como hemos visto anteriormente), sino también en toda la acción ministerial del P. José Antonio Plancarte y Labastida, aparecerá esta armonía entre consagración y misión. En él se puede constatar un continuo deseo de "santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo" (PO 13). Es la "unidad de vida" (PO 14), que es fruto del "gozo pascual" (PO 11) y que demuestra "la ascesis propia del pastor de almas" (PO 13). El P. Plancarte, antes de marchar de Roma, al celebrar su última Misa sobre la tumba de San Pedro (11 de octubre de 1865), llevaba sobre su pecho un pliego con diversos propósitos y peticiones al apóstol. Entre esas peticiones, una dice así: "perfección en mis obras, en mis acciones y en mis ministerios". Para él, la santidad sacerdotal estaba en relación directa con el ministerio.

Desde el comienzo de su vida sacerdotal, a sus 25 años de edad, el P. Plancarte se dedicó de modo especial al ministerio de la palabra, que unió siempre a la disponibilidad para la celebración del ministerio de la reconciliación. Apenas llegado a Zamora, se puso a disposición del Obispo. En su diario nos deja constancia de su impresión al iniciar su ministerio a principios de enero de 1866: "Empecé el año cantando la Misa... y sentándome en seguida a reconciliar hombres... Este día fue el que Dios tenía preparado para que empezase a desempeñar en mi sagrado ministerio la función de médico de las almas; muy alta, por cierto, pero en cambio muy consoladora".

Las ciudades de Zamora y Jacona fueron enseguida los escenarios de su acción ministerial, de modo especial a partir de la cuaresma de 1866. Anota así en su diario: "la misma predicación hizo que la gente acudiese en tropel a mi confesonario y establecí el sentarme a confesar diariamente de nueve a una de la tarde, y de seis a ocho de la noche".

Asumió el cargo de párroco de Jacona, desde mayo de 1867, con expresiones de humildad, pues se sentía totalmente indigno, según sus mismas palabras: "tenía mucho conocimiento de mi insuficiencia para tan alto cargo"... "Resolví consagrarme a la felicidad de este pobre pueblo".

Fue organizando las obras apostólicas sistemáticamente sin dejar su vida espiritual y su tiempo de oración. La predicación popular, la catequesis y las celebraciones litúrgicas y devocionales armonizaban con las numerosas obras de caridad, de educación y de acción social. De ello dejamos constancia en el apartado n. 1 ("rasgos de una vida apostólica"). La educación de la juventud (por medio de la escuela y de la catequesis) y la

cercanía a todo género de pobreza, era para él un punto prioritario.

Su predicación se desenvolvía en forma de misiones populares, a veces con diálogo, al estilo de algunos predicadores jesuitas en Roma, respondiendo a las preguntas de los niños. El tema de la pasión, explicado por el P. Plancarte, suscitaba conversiones y cambios en la misma sociedad, como en el caso de los carnavales y de la destrucción de imágenes que no estaban dignamente elaboradas.

Los Ejercicios espirituales que predicaba eran muy frecuentados e iban dirigidos a diversos grupos de personas: hombres, mujeres, señoritas, religiosas. Escribe él mismo en 1867: "resolví consagrarme a la felicidad de este pobre pueblo (Jacona), que tan bien había acogido mi predicación". En septiembre de 1876, resume sus primeros nueve años de párroco: "Jacona..., donde derramé las primicias de mi sacerdocio; donde gasté mis fuerzas, donde se marchitó la flor de mis años"...

Cuando cesó de párroco de Jacona y dio comienzo a su ministerio en México D.F. (acogido por su tío el arzobispo Don Pelagio), su acción apostólica siguió en auge, como visitador de Colegios, predicador incansable, Director del Colegio Clerical de San Joaquín, etc. Escribe en su diario (1883): "hago el papel de machito nuevo, me agregan cuanto sobernal encuentran y todos tienen ganas de probarme. Yo no lo siento, ante me alegro, pues hago algún bien y no tengo tiempo de pensar feo". Su amigo Montes de Oca, Obispo de San Luis, escribe refiriéndose a esas fechas: "predicaba todos los días y a toda clase de auditorios... barrios... catedrales... religiosas... seminaristas... predicaba diez y quince sermones en un solo día". En la Colegiata de Guadalupe, cuando será Abad de la misma, seguirá este mismo ritmo apostólico. Era un verdadero "misionero apostólico".

Los últimos días de su vida, especialmente desde la consagración e inauguración del Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús (1897), serán también de intensa actividad apostólica en ese templo tan querido y deseado por él. Allí hermanará horas largas de oración eucarística (a veces, noches enteras), con predicaciones misioneras y celebración del sacramento de la penitencia. En 1884 había escrito: "Un templo en honor del protomártir mexicano San Felipe de Jesús, donde día y noche esté manifiesto Jesús Sacramentado, a donde sólo se vaya a orar, donde los fieles no puedan tener sino motivos de fervor, expiación y arrepentimiento, no puede dejar de ser sino agradable a Dios". En carta a los Congregantes (19 de junio de 1885) decía: "No hallo cómo agradecerle a Dios esta inmerecida gracia de haberme escogido para edificar en la República el primer templo al primer santo mexicano y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento".

Aparece claro que el centro de su acción apostólica era la celebración eucarística, preparada por la predicación y el sacramento del perdón. Esta línea eucarística, espiritual y apostólica, cruza toda su vida, desde el despertar de la vocación

y la ordenación sacerdotal, hasta su muerte. Sus feligreses y dirigidos encontraban en la eucaristía la fuente de santificación y de compromisos caritativos y apostólicos.

Ya en su diario referente al final de sus estudios en Morelia (1854, cuando tenía 14 años), deja constancia de que nunca dejaba la Misa, describiendo brevemente su acción de gracias en la comunión. Cuando, ya en Oscott, habían surgido los primeros síntomas de vocación, anota en su diario que comulgaba viernes y domingo (año 1861). En su carteo con su hermano mayor, quien al principio se oponía a su vocación, afirma con entereza: "¡Qué felicidad tan grande es ser Ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa sangre!" (1862). En su ordenación sacerdotal y primera Misa, no dejó de anotar sus impresiones sobre el misterio eucarístico: "en esos momentos sentí y palpé la dignidad del sacerdote" (13 de junio de 1865, primera Misa).

Encontramos en su diario sobre el día de su ordenación sacerdotal (11 de junio de 1865), una descripción detallada de sus sentimientos en el momento de la consagración eucarística: "Llegado el momento de la consagración, repetí con no poca emoción y respetuoso miedo, aquellas sacrosantas palabras, que de hoy en adelante, al pronunciarlas yo, el Hijo de Dios bajará del cielo al altar. ¡Milagro estupendo! ¡Dignidad sin igual!". Ese mismo día deja escrita una petición concreta: "que yo digna la santa Misa con devoción". Y respecto a los preparativos de la primera Misa, afirma: "quise que todo fuera lo mejor".

Así se explica cómo toda su acción apostólica, por medio de la predicación y de la celebración del sacramento de la penitencia, conducía a las personas hacia el encuentro con Cristo en la eucaristía (santa Misa y adoración). En su diario anota frecuentemente su visita al Santísimo Sacramento, especialmente durante sus viajes a Roma (capilla de las religiosas "sacramentarias"). De esta espiritualidad eucarística nacerían todas sus obras caritativas asistenciales y promocionales. Las religiosas fundadas por él, Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, llevaron a efecto de modo especial todo este caudal misionero y caritativo.

Hay un gesto, sencillo y sublime, que resume toda su vida de suma actividad y, al mismo tiempo, de unión íntima con Cristo eucaristía. Cuando tuvo lugar la coronación pontificia de la Virgen de Guadalupe (12 de octubre de 1895), Plancarte se encontraba allí, pero siendo todavía blanco de las contradicciones que hemos descrito anteriormente con ocasión de su nombramiento episcopal. El, que había hecho posible aquella fiesta extraordinaria, tuvo que quedarse en la penumbra, arrodillado y en un mar de lágrimas, medio escondido en la capilla del Sagrario. Dice así: "ni la Coronación pude ver... Aún no ciño la mitra y ya la siento como corona de espinas".

Su diario está lleno de anotaciones sobre su ministerio: predicaciones, celebraciones eucarísticas, fiestas marianas, horas de confesonario, obras de caridad... Cuaresma, el mes de mayo y las fiestas de la Virgen de la Esperanza, eran tiempos fuertes de

predicación y confesonario. "Pasé casi todo el día en el confesonario", dice el 7 de septiembre de 1876. En ciertas ocasiones, anota horarios concretos. Y al final de cada año, en su diario deja escrita una impresión general sobre las gracias recibidas de Dios, las dificultades y la conciencia de ser un instrumento débil manejado por la bondad divina. "Bendito sea el Señor que se dignó valerse de mí para tantas obras" (final de 1866)... "Que a El sea dada toda gloria y alabanza y no a mí que soy su rudo instrumento" (final de 1869)... "¡Loado sea el Señor, que valiéndose de instrumentos tan viles obra tanto prodigio y maravilla!" (final de 1870).

4. EL SEGUIMIENTO EVANGELICO

Hay una nota característica de todo sacerdote que quiere de verdad ser consecuente con la llamada recibida: seguir a Cristo para compartir la vida con él y vivir su mismo estilo de vida. Entonces no se admiten rebajas al sacerdocio, sino que se siente "el valor gozoso del seguimiento de Jesús" (PDV 10), para "prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que le ha sido confiado" (PDV 15). Es el "radicalismo evangélico", que deriva de la "caridad pastoral" y que no admite descuento en las exigencias evangélicas de pobreza, obediencia y castidad, porque "la Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo, Cabeza y Esposo, la ha amado" (PDV 29).

Esta es la figura de sacerdote que el P. José Antonio Plancarte y Labastida, siendo diocesano o secular, quiso vivir desde el despertar de su vocación y, de modo especial, desde el día de su ordenación sacerdotal. Sus ansias de perfección evangélica no se aminoraron por el hecho de ser sacerdote sin más aditamento. En sus cartas a su hermano mayor José María, cuando habían comenzado a brotar los síntomas de su vocación sacerdotal, José Antonio expresa el sentido esponsal del sacerdocio, para compartir la misma suerte de Cristo: "El sacerdote se desposa con la Iglesia"... (carta del 24 de enero de 1862).

Donde aparece con más claridad esta actitud de seguimiento evangélico, especialmente por la práctica de pobreza, es en los Ejercicios espirituales de los años anteriores a las Ordenes: "Propongo no ambicionar riquezas, honores, ni distinciones y tratar de conformarme en todo con la voluntad de Dios. No haré nada para agradar a los hombres sino por el amor de Dios... viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte; sufriré con gusto lo que Dios me mande; haré por imitar en todo a Jesucristo ni Salvador... vivir pobremente y hacer obras de caridad con lo que debía de gastar en otras cosas mundanas, ser parco en el comer, beber y dormir... De hoy en adelante procuraré irme quitando el amor a las cosas de este mundo y aficionarme a la pobreza. Procuraré no hablar bien de mí mismo y no alegrarme de que otros lo hagan, para irme disponiendo a sufrir y aun amar el desprecio y la humillación que me pueden venir en esta vida" (Ejercicios, mayo de 1863). Estos propósitos indican un corte en su vida, pues, durante los tiempos de Oscott, estaba acostumbrado a vivir elegantemente y a usar del dinero sin esas miras evangélicas.

En los Ejercicios de 1864, un año antes de su ordenación, anota de nuevo sus deseos de entrega total: "Mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado a tu servicio; mis jardines han sido el imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando Ejercicios, catequizando... honores y riquezas no he buscado".

Esta actitud de entrega encuentra su punto de apoyo en la relación personal con Cristo. Escribe también en los Ejercicios de 1864: "no he tenido la menor duda de seguir tus huellas". La

entrega a Cristo por la castidad perfecta ("celibato") la ve en esta perspectiva de desposorio o enamoramiento. En aquella época, el candidato manifestaba su compromiso de vida celibataria en el momento de la ordenación de subdiácono. José Antonio no confiaba en sus fuerzas, sino en la gracia de Dios; por esto manifiesta "la firme creencia de que si yo era fiel al Señor, El será fiel a sus promesas". Se consideraba feliz de estar sirviendo en el altar: "Me dio mucho gusto el verme ya en el altar y el poder de tocar los vasos sagrados".

Su entrega esponsal a Cristo y a la Iglesia, por el compromiso de la castidad evangélica, aparece en la oración del día de su ordenación: "que jamás, jamás, jamás, manche el solemne voto de castidad, que hoy renuevo poniendo mi cuerpo en la llaga del costado de Nuestro Señor Jesucristo y en las purísimas manos de María Santísima".

La actitud de seguimiento evangélico aparece constantemente en toda su vida ministerial, en Jacona y en México. Con ocasión de que el Obispo de Zamora le quería nombrar canónigo, el P. José Antonio manifestó claramente que sus únicos deseos eran sólo los de seguir a Cristo evangélicamente. En unos Ejercicios Espirituales, estrictamente ignacianos (abril de 1871), llegó a este discernimiento: "resultó que debía renunciarla (la canongía) y permanecer en Jacona".

Acudió a su tío Don Pelagio para que le ayudara en este sentido. En carta al obispo de Zamora (2 de junio de 1871), su tío indicó la razón principal por la que el P. José Antonio no debía seguir un camino honorífico: "Trayendo a la memoria los antecedentes de ese joven eclesiástico, sus propósitos y tendencias confirmadas con su modo de obrar aún en Roma, en los primeros días de su Sacerdocio, y cuando a pesar de los deseos del Santo Padre y de las instancias de Monseñor Cardoni, Presidente de la Academia Eclesiástica, rehusó por sí espontáneamente un título que de justicia le tocaba y lo ponía en la carrera prelatia, yo no he podido menos que apoyar sus resoluciones de no aceptar ningún puesto que lo comprometiera de algún modo a optar por la paz de su alma, el espíritu de su vocación o el grado de mayor perfección a que aspira". Don Pelagio no oculta que, de ser nombrado canónigo, bien podía haberlo sido en la diócesis de México y no en Zamora; no obstante, lo deja todavía en Zamora por motivos pastorales y no personales, a fin de que se pueda dedicar a la educación de la juventud. El P. José Antonio escribe: "Dios arregló todo... el Ilmo. Sr. Peña aprobó mi renuncia, en vista de las razones que le expuse".

Su obediencia al Obispo fue siempre incondicional. En tiempo del Sr. Peña, éste le amonestó a rectificar la metodología educativa respecto a los jóvenes. Se trataba de representaciones teatrales y fiestas populares realizadas por las jóvenes de los colegios, cosa no común en aquella época. El P. Plancarte obedeció y corrigió la metodología.

Con el Obispo Cazares, las cosas se agravaron, como hemos resumido anteriormente al exponer los "rasgos de una vida" (n.3).

Al P. Plancarte se le reprendió por el uso de un legado económico, cuando, en realidad, no había hecho más que seguir las normas jurídicas de acuerdo con su tío don Pelagio. Después de presentar sus explicaciones (que no fueron acogidas), Plancarte obedeció incondicionalmente, diciendo que pagaría lo que se le pedía (aunque no se creyera obligado). Pero el caso más duro tuvo lugar cuando se le conminó que entregara dos religiosas profesas a sus respectivos padres, tras sentencias eclesiástica y civil, en contra de las normas jurídicas sobre la vida religiosa. Plancarte, al recibir el documento de la sentencia eclesiástica, firmó y añadió por escrito: "estoy conforme". Reiteró su obediencia incondicional al Obispo, manifestando al mismo tiempo, con sinceridad, que aquella sentencia le parecía injusta. Y se puso a disposición del Prelado, quien le destituyó de párroco de Jacona (1882).

La vida posterior del P. Plancarte quedará marcada fuertemente por la cruz de la "obediencia responsable" (PO 15). Buscó enseguida el camino eclesial de ponerse a disposición de su Obispo, que era propiamente su tío Don Pelagio, arzobispo de México (a quien Plancarte llama "mi Prelado"). Y allí se quedó sirviendo incondicionalmente a la Iglesia, tal como la había servido desde su ordenación sacerdotal, "en la caridad obediente, casta y pobre", que es "la vía maestra de la unión con Dios y de la unidad con los hermanos" (PDV 30).

Al final de sus días, con ocasión de la renuncia a la consagración episcopal, afloró de nuevo la intención inicial de su sacerdocio: "mi promesa de no admitir ninguna dignidad" (carta de 1896). Esta decisión apareció nuevamente cuando le propusieron (a pesar de su renuncia anterior) ser obispo residencial (1898): "me aterra esta mitra que nunca he apetecido, para la cual me juzgo incapaz" (apunte de abril de 1898).

Esta limpieza de corazón es un itinerario que nunca acaba en esta tierra. Señal de autenticidad es, por una parte, el deseo constante de una entrega total a Cristo; pero, por otra parte, lo es también la actitud humilde de quien, viéndose siempre lejos del ideal, comienza todos los días sin desanimarse. Entre las últimas palabras del P. Plancarte, antes de su muerte, podemos vislumbrar esta señal de autenticidad en el seguimiento de Cristo: "Todavía me falta mucho para poder decir: Todo está consumado... Lo que Dios quiera".

El punto de apoyo para este seguimiento evangélico, como ya hemos indicado, es la actitud relacional con Cristo o actitud de oración. El P. Plancarte aprendió de su madre el espíritu de plegaria. En su diario aparecen señales claras de piedad eucarística y mariana durante su juventud (Morelia, Puebla, Oscott). En Oscott habla de "horas de capilla". En las cartas de su madre se alaba esta actitud piadosa. Las notas de Ejercicios espirituales, especialmente antes de las Ordenes, son frecuentemente una oración dirigida a Jesucristo. Las horas de adoración eucarística en el templo reparatorio de San Felipe de Jesús (al final de sus días) indican un hábito permanente muy arraigado. Oraba, enseñaba a orar y pedía oraciones para él y para

su apostolado.

La disponibilidad misionera del P. José Antonio Plancarte (descrita en el n.3) no sería posible si no fuera a partir de su relación de profunda amistad con Cristo y del seguimiento evangélico incondicional. Su espíritu misionero quedó marcado por dos hechos del año 1862: la canonización de San Felipe de Jesús (protomártir mexicano en Japón), y la visita al Cenáculo de Jerusalén. Según Montes de Oca, durante la canonización del mártir mexicano, José Antonio "oraba en silencio al nuevo santo Felipe de Jesús para que le fuera concedido ser elevado al sacerdocio". Respecto a la visita al Cenáculo, durante su primera peregrinación a Tierra Santa, es el mismo José Antonio quien nos dice en su diario: "de allí salieron los Apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo".

Sus obras, que son las de un "misionero apostólico" (título pedido en la Congregación de Propaganda Fide, en diciembre de 1876), están marcadas por el signo de una misión que no tiene fronteras. Esta misión le daría aliento en los momentos de mayor tribulación. Precisamente durante los acontecimientos tristes de 1882, visitó Jacona el Vicario Apostólico de Hongkong (Mons. Juan Raimondi), quien expuso la situación de China y alentó a colaborar en las obras misioneras. Este horizonte eclesial universalista aminoraba el dolor que acompaña siempre a la verdadera caridad pastoral.

5. SACERDOTE DIOCESANO

Desde que sintió la llamada a ser sacerdote, José Antonio Plancarte quiso seguir a Cristo dejándolo todo por él, dispuesto a gastar la propia vida para evangelizar el mundo. Su fuerza no la encontraba en sí mismo, pues era muy consciente de su debilidad, sino "en la gracia que el sacramento del Orden da al hombre" (carta a Don Pelagio, 1 de enero de 1861). No buscaba nada más que "ser Ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa Sangre" (carta a su hermano José María, 24 de enero de 1862). El servicio a la Iglesia lo consideró como un desposorio: "el sacerdote se desposa con la Iglesia" (ibídem).

Ser sacerdote era, según su expresión, "la cosa principal de mi vida" (diario, 8 de noviembre de 1862). En el diario de 1864, ya inmediatas las órdenes sagradas, se reafirma en sus propósitos: "no he tenido la menor duda en seguir tus huellas... mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas". El 25 de marzo de 1865 (fiesta de la Anunciación), cuando recibió la tonsura (celebración del ingreso en la clericatura), escribe: "Me sentí otro cuando me vi formando parte del Clero... El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz".

El P. Plancarte vivió siempre como sacerdote diocesano. Con permiso de su obispo Don Pelagio (arzobispo de México), ejerció el oficio de párroco en Jacona, con nombramiento del obispo del lugar (diócesis de Zamora), desde 1866 hasta 1882. Posteriormente pasó el resto de su vida (1882-1898) sirviendo en la arquidiócesis de México, siempre en los cargos encomendados por el obispo. Vivió, pues, el sacerdocio en el marco de unas realidades de gracia que constituyen lo que hoy llamamos sacerdote diocesano o secular: pertenecer a una diócesis y a su Presbiterio, depender pastoral y espiritualmente del propio obispo, estar insertado plenamente en los ministerios sacerdotales. Sus cargos estuvieron siempre a disposición del obispo, dispuesto siempre a servir a la Iglesia ejerciendo en ella la misión sacerdotal que le encomendaran, sin miras personalistas.

Cuando decimos "sacerdote diocesano", no indicamos una reivindicación ni una contraposición. En Plancarte (como debe ser en todo sacerdote diocesano), ello comportaba un amor especial a la vida religiosas masculina y femenina. Fue él quien introdujo en México dos instituciones religiosas: los Misioneros Claretianos y las Damas del Sagrado Corazón. La fundación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe fue debida a la necesidad de personal religioso para sus obras educativas y caritativas; personal que, no habiéndolo encontrado, tuvo que formárselo él, siguiendo las indicaciones de su obispo y de numerosos amigos consejeros (sin olvidar las recomendaciones recibidas personalmente de Pío IX en 1877, cuando estaba redactando el reglamento). La atención de la vida religiosa, fomentando vocaciones y prestando ayuda espiritual, es parte del ministerio sacerdotal, que debe actuarse tomando "cuidado especial" de ella "para bien de toda la Iglesia" (PO 6).

Que el P. Plancarte se decidiera explícitamente por el sacerdocio diocesano, indica, por una parte, un grande aprecio de la vida sacerdotal en sí misma y con todas las exigencias; por otra parte, ello fue el resultado de un largo discernimiento sobre si su llamada era más bien para la vida religiosa, que él apreciaba con todo su corazón.

Es durante el año 1864 (año anterior a su ordenación) cuando encontramos en su diario ese discernimiento trascendental para su vida. Conviene no olvidar que los Seminarios de aquella época no siempre ofrecían con claridad los ideales evangélicos para el sacerdote. Ya hemos visto que Plancarte sintió fuertemente estos ideales, tal vez independientemente de la formación que hubiera recibido en los Colegios. Y fue entonces cuando consultó si estos ideales evangélicos los debía vivir con la ayuda de los compromisos de la vida religiosa. El P. Ciscollini, jesuita, le ayudó a un discernimiento detallado. La razones que iba apuntando Plancarte se inclinaba por la vida religiosa. Pero el director espiritual le indicó una razón decisiva para ser sacerdote diocesano: la inclinación que sentía para ayudar a los demás hermanos sacerdotes y futuros sacerdotes, en la formación para vivir integralmente las exigencias sacerdotales. En el diario anota: "yo quedé conforme... ya vi mi vocación enteramente decidida y sellada".

En otro momento de su vida, después de su cese de párroco de Jacona (1882), hay un intento de transformar el grupo de sacerdotes formados por él, en un instituto religioso, siguiendo el parecer de su tío. Pero la idea no cuajó. Parece que la motivación principal era la continuidad de ese grupo que parecía quedar sin el apoyo de estructuras diocesanas, como ha sucedido frecuentemente en la historia. Las dificultades se fueron superando y el P. Plancarte continuó su labor apostólica de sacerdote diocesano, en los nuevos cargos confiados por el arzobispo de México.

La realidad del P. Plancarte como fundador de religiosas se encuadra en su condición de sacerdote diocesano. Dice así en su diario (1875), cuando era todavía párroco de Jacona: "El Ilmo. Sr. Peña (obispo de Zamora)... convino conmigo en la necesidad de fundar una congregación adecuada a nuestras necesidades, en la cual me puse a trabajar desde luego autorizado por él". Para ello, tuvo que estudiar diversas reglas religiosas, que le abrieron más el horizonte a la vida consagrada. Aprovechó un viaje a Roma (para acompañar a sus estudiantes enviados al Pío Latino) y una prolongación del mismo viaje a Tierra Santa (1877), para redactar el texto del reglamento, que siempre traía consigo y que colocaba encima del altar cuando celebraba la eucaristía. El Papa Pío IX le alentó a este cometido. Don Pelagio daría el visto bueno al texto. En abril de 1879, el nuevo obispo de Zamora (José María Cázares) aprobó el Reglamento y dio licencia para fundar la Congregación. En 1883, en Roma (Cardenal Simeoni) le aconsejaron que su Congregación siguiera su propio camino sin tratar de fusionarse a otras existentes. Con el correr de los años, la fundación se expandiría a otras diócesis, con el mismo cometido inicial de ayudar a obras educativas y caritativas de la Iglesia. Por ser

sacerdote diocesano, Plancarte tenía "corazón y mentalidad misioneros" (RMI 67); la fundación religiosa le ayudó a cumplir con esta exigencia sacerdotal y eclesial.

Una de las características de su diocesaneidad (además de su disponibilidad misionera en manos del obispo) fue la atención preferencial prestada a la formación de los sacerdotes. Esta intuición fue, como hemos visto, el motivo determinante en el momento de discernir antes de ordenarse como sacerdote diocesano. Ya ordenado sacerdote y antes de partir de Roma para México, el Papa Pío IX, en audiencia del 30 de septiembre (según apunta Plancarte en el diario del año 1865), le pidió que se preocupara de "formar en el Seminario clérigos virtuosos e instruidos", incluso "mandando jóvenes buenos" al Colegio Pío Latino de Roma. Plancarte pidió al Papa su bendición para poder cumplir este cometido "en el Seminario de México". Tan pronto como llegó a su patria, habló con los PP. Jesuitas sobre la posibilidad de un Seminario clerical. La realización de estos deseos tendría lugar posteriormente, puesto que su primer encargo recibido fue el de ejercer el ministerio en la diócesis de Zamora, donde sería nombrado párroco de Jacona el año siguiente (1866).

Fue en 1869, ya párroco de Jacona y con una actividad apostólica extraordinaria, cuando su tío Don Pelagio (con cuyo permiso estaba en la diócesis de Zamora) le recordó el compromiso de enviar estudiantes a Roma. Desde entonces, la atención a este campo fue preferencial. Sus cinco primeros candidatos fueron preparados con esmero, emprendiendo el viaje en 1870. Los alientos de Don Pelagio le sirvieron de estímulo: "mucho espero del ejemplo que has dado de constancia y de valor que es raro en nuestro País". Con el correr de los años, llegaría a enviar unos 50 estudiantes. Su labor educativa con la juventud sería una fuente de vocaciones masculinas y femeninas. Fue un promotor vocacional.

La selección, formación previa y envío de los jóvenes fue acompañada de grandes sacrificios. En la mesa les servía con espíritu familiar. En el envío de 1876 (con 17 jóvenes acompañados por él mismo), escribe: "es el hecho más heroico y benéfico de mi vida... Ahora que pienso lo que he hecho, me juzgo loco". En la audiencia con el Papa Pío IX (y en carta escrita) manifestó que así cumplía los deseos que el Papa le había manifestado el año 1865. El Papa le respondió con una carta muy cariñosa y alentadora (28 de febrero de 1877), en la que alababa el envío de "jóvenes sólidamente instruidos en la santa doctrina", los cuales (le dice el Papa) "volverán a su Patria y seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en la salvación de las almas". Añadía Pío IX: "entre tanto, merecidamente alabamos tu celo y piedad sacerdotal, y te animamos a que, sin atemorizarte por dificultades... perseveres constantemente en lo que tan bien has comenzado". León XIII, en audiencia del 12 de marzo de 1883, diría a los estudiantes mexicanos del Pío Latino acompañados por el P. Plancarte: "aprovechen el tiempo y háganse muy virtuosos porque están llamados a ser los apóstoles de México".

Después de cesar como párroco de Jacona (1882) y ya establecido en su verdadera diócesis, que era México, el arzobispo

Don Pelado le confió, entre otros cargos, el de la dirección del Colegio Clerical de San Joaquín (12 de septiembre de 1885), desmembrándolo del colegio (sacerdotal y religioso) que dirigía el P. Vilaseca, de suerte que así se pudieran formar directamente sacerdotes diocesanos. A Plancarte le resultó relativamente fácil encontrar un equipo de formadores y un claustro de profesores, aprovechando los sacerdotes formados por él en Jacona y en Roma, que seguían siendo sus discípulos. Alguno de ellos había vivido vida fraterna en la residencia de Jacona, fundada por Plancarte.

Sobre estos sacerdotes discípulos de Plancarte, Montes de Oca, en la homilía durante la coronación de la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza (14 de febrero de 1886), después de alabar al Arzobispo de México - Delegado del Papa para la coronación -, porque hizo florecer con su apoyo la cultura, la religiosidad y el desarrollo de Jacona, dijo que eran "celosos sacerdotes, llenos de abnegación, y con el pecho cerrado a aspiraciones mundanas; se dedican a guiar la juventud por la senda de la piedad y de la ciencia".

Años más tarde (en 1892), ya fallecido Don Pelagio, por disposición del nuevo arzobispo (Próspero María Alarcón), tanto los profesores como los alumnos del Colegio Clerical de San Joaquín, pasaría a mejorar el profesorado y alumnado del Seminario arquidiocesano. Esta desaparición demostró, una vez más, la actitud de obediencia del P. Plancarte, y también, indirectamente, el aprecio del nuevo arzobispo respecto a su persona y a su obra. Los encargos encomendados por el nuevo Prelado (como el de Abad de Guadalupe) confirman este aprecio. Plancarte siguió, hasta su muerte, ayudando a los sacerdotes formados por él, quienes le correspondieron acompañándole de modo especial en los momentos difíciles. En esas circunstancias de persecución y de calumnias, escribiría a su sobrino Francisco: "Con tal que Vds. los que he educado crean en mi palabra de que soy inocente y no les he dado mal ejemplo, poco me importa todo lo demás".

Estos sacerdotes ejemplares de siglos pasados vivieron su condición de "diocesaneidad" sin haber asistido al resurgir de la espiritualidad sacerdotal diocesana del siglo XX (desde San Pío X hasta el Vaticano II y "Pastores dabo vobis"). Ese era también el caso de San Juan de Avila (patrono del Clero Secular español) y del Santo Cura de Ars (patrono de los párrocos). Así vivió el P. José Antonio Plancarte, como sacerdote diocesano en México.

Después del concilio Vaticano II (1965) y de "Pastores dabo vobis" (1992), aparece claro que la realidad de ser sacerdote diocesano comporta una espiritualidad específica y es un hecho de gracia que incluye el llamado al seguimiento evangélico al estilo de los doce Apóstoles (cfr. PDV 15-16,60). La pertenencia a una Iglesia particular, por la "incardinación", matiza la caridad pastoral y el seguimiento evangélico de vida apostólica, relacionándolos más estrechamente con el carisma episcopal y la "familia" sacerdotal del Presbiterio (PDV 74). Se trata de un "vínculo a la vez jurídico, espiritual y pastoral" (ibídem). Es este mismo hecho de gracia, "un elemento cualificativo para vivir una espiritualidad cristiana" (PDV 31). La "dedicación a la

Iglesia particular" y la especial "relación con el obispo en el único Presbiterio", son un "valor espiritual" que delinea la fisonomía del sacerdote diocesano (PDV 31). Precisamente por ello, el sacerdote queda responsabilizado de la dimensión misionera universal de la Iglesia particular (PDV 32).

Estas figuras sacerdotales ejemplares del pasado, como en el caso de José Antonio Plancarte y Labastida, supieron concretar su diocesaneidad en un amor profundo a la Iglesia universal y particular, expresado en amor a los hermanos sacerdotes y en fidelidad incondicional al Papa y al propio Obispo. Es la dimensión eclesial del sacerdocio, siempre con trasfondo y raíz mariana, de que hablaremos a renglón seguido. Las dificultades en el servicio eclesial, cuando se vive la caridad pastoral y el seguimiento evangélico sin buscar el propio interés, ayudan a aquilatar más el sentido y amor de Iglesia (PO 14).

6. DIMENSION MARIANA Y ECLESIAL DE SU SACERDOCIO

En el proceso de toda vocación sacerdotal y de toda vocación consagrada, hay siempre unas huellas claras de la presencia activa y materna de María, desde el inicio, pasando por los momentos de dificultad y por los momentos de gracias especiales. La figura sacerdotal del P. José Antonio Plancarte ha quedado, en la mente de los mexicanos, estrechamente relacionada con la Virgen de Guadalupe. La estatua de mármol a la entrada de la antigua Basílica es un mensaje perenne, que se podría resumir con palabras de Juan Pablo II: "La Virgen Santísima sigue vigilando el desarrollo de las vocaciones y de la vida sacerdotal en la Iglesia" (Pastores dabo vobis 82).

No ha habido nunca una figura sacerdotal de relieve que no haya sido profundamente mariana. En el caso del P. Plancarte, encontramos unas huellas constantes, comenzando por los detalles sencillos y limitados de la infancia que van madurando con el correr de los años. El P. Plancarte no nació santo, sino que quiso hacerse santo. De su infancia escribe en su diario: "con mil trabajos me hacía mi madre rezar el rosario". Y cuando, a sus 16 años, partió para cursar estudios en el extranjero, su madre le puso un rosario en el cuello. Son gestos sencillos que dejan huella imborrable, y que sólo las madres cristianas saben hacer con espontaneidad prescindiendo del qué dirán. Así nacieron (y seguirán naciendo) muchas vocaciones sacerdotales y de vida consagrada.

Hay un detalle sencillo de su vida estudiantil en Oscott (Inglaterra) cuando Luís su hermano escribe en su diario (enero 1857): "El día 1º vino su Eminencia el Cardenal Wiseman (conocido y amigo de su tío) a Oscott... esta misma noche el Cardenal, estando rezando nosotros el Rosario en el cuarto de Antonio"... La nota es del año 1857, según el diario de Luís. Los dos hermanos describían siempre en sus respectivos escritos los "los Ejercicios Espirituales, las funciones de Semana Santa, el Mes de María". En el diario de José Antonio, joven de 17 años, aparecen casi todos los aspectos de su vida: estudio, afición a la música y deportes, exámenes, excursiones, vida de colegio, ejercicios de piedad...

Cuando, más tarde, con ocasión de su ordenación sacerdotal, recordará el despertar de su vocación, afirmará claramente que ese despertar fue en el mes de mayo. El año de su ordenación (1865) escribe: "¡Llegó el mes de mayo, el mes de María, el mes de mi vocación al sacerdocio, el mes más lleno de recuerdos para mí!". Al terminar el año (31 diciembre) añade: "¡Bendita sea María, a cuya devoción debo la sin igual dicha de haber ingresado al sacerdocio!". Se nota la referencia explícita a los meses de mayo pasados en Oscott.

El despertar de su vocación fue, pues, con un tono claramente mariano, como experimentando la presencia activa de María. Cuando todavía tenía que defender su vocación ante las dificultades de su hermano mayor y tal vez ante las dudas de su tío (1861), escribe a éste una carta diciendo: "¡Dios y María Santísima me den gracias para empezar y acabar!".

Las iglesias marianas de Roma y los santuarios marianos de sus alrededores, son testigos de la espiritualidad mariana del P. José Antonio. Sus dudas de vocación las soluciona en el santuario mariano de Genzano, donde pasó un mes y medio de retiro (1863). La entrada a la clericatura fue el día de la anunciación de 1865. Su retiro y descanso con ocasión del diaconado fue en el santuario mariano de la Mentorella: "en este primer santuario dedicado a la Madre de Dios en Italia" (escribe en su diario). Después de su ordenación en la catedral de Tívoli, fue a "visitar la prodigiosa imagen de María Santísima en Guadagnolo". La oración del mismo día dice expresamente que deja su deseo de ser "buen sacerdote" y su "voto de castidad", "en la llaga del costado de Nuestro Señor Jesucristo, y en las purísimas manos de María Santísima". Su primera Misa fue en el altar de San Luis Gonzaga (13 de junio de 1865); su segunda Misa quiso celebrarla en Santa María la Mayor (14 de junio de 1865). Luego seguirían celebraciones en otros santuarios marianos como en el Vicovoro.

Al regresar a México (1865), quiso pasar por Oscott, dejando en su diario constancia de sus recuerdos: "donde María Santísima había escuchado mis plegarias". Al llegar a Zamora y a Jacona por Navidad del mismo año, visita el sepulcro de sus padres y recuerda cómo su madre había sido un instrumento de su vocación porque "rogaba por mí a la Santísima Virgen".

Toda su acción ministerial, centrada en la predicación, en la eucaristía y sacramentos, y en los servicios de caridad, tuvo un tinte mariano muy marcado. María está presente de modo especial desde el comienzo de su ministerio sacerdotal. En enero de 1866 escribe: "empecé el año cantando la Misa en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, y sentándome enseguida a reconciliar hombres". Los meses de mayo eran una verdadera misión popular durante los años de párroco en Jacona, ante la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza (o de la Raíz), cuyo santuario reedificó y cuya imagen sería canónicamente coronada gracias a sus gestiones y a las de su sobrino el P. Miguelito Plancarte. Los Colegios que fundó (Colegio de la Purísima, Colegio de San Luis Gonzaga, Asilo) los puso bajo el amparo de la Santísima Virgen.

Los jóvenes aspirantes que enviaba a Roma pasaban siempre por el santuario de Guadalupe para consagrarse a María. En mayo de 1870, escribe: "me entré en la capilla... a ponerlos en las manos de la Santísima Virgen". En 1876, al marchar para Roma, anota: "pasamos por la Villa de Guadalupe y con el interior de mi corazón me puse en manos de aquella sagrada imagen pidiéndole su Santísima Bendición". Al regreso, pasando por Lourdes (mayo de 1877), renovó su consagración a María encomendándole a todos sus discípulos y dirigidos, con una fórmula que puso en un corazón de plata dorada y que llevó a Jacona para depositarlo en la capilla de Nuestra Señora de la Esperanza.

En todos sus viajes, dentro y fuera de México, deja en su diario algunas notas sobre santuarios marianos visitados, donde pasa ratos de oración, se reconcilia y confía a María sus preocupaciones pastorales y espirituales. Los nombres de

Guadalupe, Ocotlán y Zapopan (en México) aparecen con cierta frecuencia en el diario. En sus viajes a Tierra Santa no deja de nombrar los lugares marianos. Durante sus viajes a Europa, además de los santuarios de Roma y cercanías, anota su peregrinación a Loreto (11 de junio de 1883). En Francia, visita Nuestra Señora de las Victorias (París, repetidas veces), Lourdes (5-6 mayo 1877), Fourbière (Lyon, 25 agosto de 1883). Pasó por Montserrat (18-19 agosto de 1883) y por el santuario de la Merced (Barcelona, 24 de agosto de 1883). Durante su estancia en Vichy (septiembre de 1883), por razones de salud, redactó una oración mariana a la Virgen de la Esperanza, en la que expresa el sentido de su lema "valor y confianza": "... ¡Virgen piadosísima! ¡Esperanza nuestra!... humildemente postrados a tus plantas, imploramos valor y confianza para coronar nuestras obras!"...

La vida y la obra del P. Plancarte no tendría explicación sin esta faceta mariana y eclesial, que él transmitió a sus discípulos, a su pueblo y a las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. La superación de las dificultades de todo tipo, especialmente las que provenía de calumnias sobre su honestidad, no hubiera sido posible sin este amor y confianza filial en María, que aparecen continuamente en su diario, con espontaneidad y sin adornos.

El haber promovido la aprobación del nuevo oficio de Nuestra Señora de Guadalupe (en el que se narra la historia de las apariciones), haber restaurado y embellecido la Colegiata Guadalupana (desde 1887 hasta 1895) y haber agenciado la coronación canónica de la imagen del Tepeyac (1895), fueron esfuerzos acompañados de viacrucis y Calvarios, que sólo se hacían llevaderos gracias a la presencia amorosa de María sentida en la propia vida. Antes de esa fiesta memorable, había escrito en el diario "El Tiempo": "¡Aquí está el palacio, coronad a la Reina! ¡mi cabeza está cana, pero no hay mancha en mi frente! ¡mi corazón está libre de resentimientos, perdonadme si os he ofendido! ¡y que viva la Reina de los mexicanos, María Santísima de Guadalupe!". No hay ministerio fecundo sin Calvario; pero tampoco hay Calvario sin María. A la hora de su muerte, ante sus hijas espirituales, sus últimas palabras de perdón y de conformidad (tantas veces repetidas en todo el diario) irían precedidas por la invocación a María: "¡Virgen de Guadalupe!"... Era el resumen de su vida sacerdotal.

Creo que es necesario relacionar esta profunda devoción mariana del P. Plancarte con su sentido y amor de Iglesia. Es una actitud e intuición que vivieron todos los sacerdotes santos y ejemplares de la historia: en María descubrieron el misterio de Cristo y de la Iglesia, "para entrar más adentro en el soberano misterio de la encarnación" (LG 65). Entonces ya será posible sufrir amando, por la Iglesia y de la Iglesia. Estos sacerdotes, al estilo del P. Plancarte, sabían muy bien que "la fidelidad a Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia" (PO 14; RMI 89).

Este sentido y amor de Iglesia lo concretó el P. Plancarte (sin teorizarlo) en una vida ministerial al servicio de la Iglesia

sin servirse de ella. "El sacerdote se desposa con la Iglesia", decía, al reafirmarse en su vocación (carta del 24 de enero de 1862). De ahí sus propósitos de "no admitir ninguna dignidad" y de "vivir pobremente", por ansias de "mayor perfección", que mantuvo desde su ordenación hasta su muerte.

Este servicio eclesial, plasmado en una fidelidad inquebrantable al Papa y en una obediencia incondicional a su Obispo, no le comportó ninguna ventaja temporal. El inapreciable servicio que hizo a la Iglesia por medio de la formación de futuros sacerdotes, se apoyó en la fidelidad al Papa, queriendo corresponder a los deseos manifestados por Pío IX en audiencia privada (1865). Plancarte resume así su diálogo con el Papa: "Santísimo Padre, hago voto y promesa de unirme a la Santa Sede en pensamiento, palabra y obra toda mi vida y protesto contra todo lo que de ella me separe. Bendiga su Santidad mis promesas, para jamás faltar a ellas y muera yo antes de quebrantarlas". Y añade: "me separé lleno de valor... aún para sufrir el martirio en defensa de la fe y de la Santa Sede" (audiencia del 30 de septiembre de 1865). El 11 de octubre del mismo año, quiso despedirse de Roma celebrando su 119ª Misa sobre la tumba de San Padre. Durante la celebración llevó en su pecho un pliego donde había escrito una solemne profesión de fe y de adhesión a la Iglesia y al Papa.

Este sentido de Iglesia ya lo había manifestado por escrito en sus notas del diario que se refieren a la canonización de San Felipe de Jesús (19 de julio de 1862): "No podré describir la emoción que sintió mi corazón al ver aquella carta de Pío IX, tan dulce, tan santa, tan tierna... En aquel momento fue cuando más claramente vi lo que es el Catolicismo".

En sus viajes posteriores a Roma (sea en tiempo de Pío IX que en tiempo de León XIII), no dejó de reiterar esta adhesión al Papa y a la Iglesia, pidiendo al Papa bendiciones y oraciones por los jóvenes candidatos al sacerdocio enviados por él, así como por su Institución religiosa (cuyo reglamento estaba redactando) y por sus obras de apostolado. El Papa Pío IX, además de alentarle de palabra, le escribió una carta (28 de febrero de 1877) y le envió un anillo usado por el mismo Papa durante una celebración eucarística de aquellos días. Era un intercambio de regalos, pues el P. Plancarte le había obsequiado con un anillo de su madre. Con ocasión de la última audiencia de Pío IX (3 de abril de 1877), escribe así en su diario: "Le hablé de mis proyectos de fundación de las Hijas de María Inmaculada, para la instrucción religiosa de los pobres, y me animó a realizarla según el plan que me he propuesto y sin agregarlas a ninguno de los Institutos ya establecidos... implorando su bendición para ser buen sacerdote y morir antes que faltar a mis deberes; para tener valor en las persecuciones. Finalmente exclamé: ¡Santísimo Padre, ésta es la última vez que os veré en la tierra, pero me voy a empeñar en ser santo para volveros a ver en el cielo!... Salí del Vaticano curado de cuantas heridas había abierto en mi pecho la ingratitud de unos y la envidia de otros".

La fidelidad del P. Plancarte a la Iglesia se demostró

principalmente en su labor callada sin buscar su propio interés, primero como párroco de Jacona (1867-1882) y luego con otros cargos en la arquidiócesis de México hasta su muerte. Siempre estuvo a disposición de sus obispos, sin buscar (dice él mismo) "honores que no merezco ni apetezco, y que sólo había aceptado por complacer a mis superiores" (carta del año 1896 al Rector del Pio Latino de Roma).

Ya hemos visto su obediencia incondicional durante el curato de Jacona, así como en los servicios prestados en México. El "complacer a sus superiores" no significó adulación ni servilismo, sino fidelidad sincera y responsable. Cuando arreciaron las dificultades y calumnias, que influyeron en el ánimo del Obispo de Zamora (1880), hasta ser acusado de mala administración de los bienes, deja estas notas escritas: "...nunca lo he desobedecido... he procurado obsequiar hasta sus pensamientos... sinceramente me he entregado a su amor y servicio... Yo le juzgaba padre y protector de mis establecimientos de beneficencia... me sentía fuerte contando con mi Prelado; yo creía que mis obras le eran gratas; yo que lo juzgaba padre y protector de mis establecimientos de beneficencia; yo en fin que le juzgaba mi apoyo"... (mayo de 1880).

Precisamente esta fidelidad se convertiría en fuente de dolor por acusaciones infundadas de terceras personas, produciendo en el P. Plancarte "profunda tristeza y desmayo", y, al mismo tiempo, una actitud constante de perdón y de seguir en su fidelidad al Obispo y a la Iglesia. Escribe en su diario de 1881: "beso la mano del Prelado que tan cruelmente me ha herido y le perdono con todo mi corazón". Cuando se le obligó, por sentencia de juicio eclesiástico, a enviar a sus casas a dos religiosas profesas, escribe sobre el Obispo: "Jamás le he desobedecido ni contrariado... sea bendita la mano que me azota" (febrero de 1882). Cuando le comunican que cesa de párroco, escribe al Prelado con estos términos: "Quedo conforme con la superior determinación que se me comunica... Como buen padre, perdóneme en cuanto crea que le he ofendido; y acepte V.S.I. las gracias por el tiempo que me confió la carga que hoy se digna aliviarme" (25 de abril de 1882).

En 1895, con ocasión de ser nombrado Abad de la Colegiata de Guadalupe, con una pincelada resume su fidelidad a la Iglesia, mientras invita a sus compañeros sacerdotes a hacer otro tanto. Dice en el discurso de toma de posesión (8 de septiembre de 1895): "He obrado siempre y en todo por mandato de mis Ilustrísimos Prelados que han sido también vuestros". Pero no era fácil convencer a sus oyentes en esas circunstancias. Por esto les rogó humildemente, en nombre de la unidad eclesial, que le aceptaran como Abad: "como el último de vuestros compañeros, el más indigno de vuestros hermanos, el ínfimo de vuestros servidores en Cristo". Hacía honor al lema que había escogido para su escudo abacial y episcopal: "Congregavit nos in unum"... (el amor de Cristo nos ha congregado en la unidad).

Este amor y fidelidad a la Iglesia se demostraría una vez más en el sufrimiento por la Iglesia y por parte de ella. El momento

más difícil de esta fidelidad fue cuando se le acusó a Roma por efecto de una calumnia infundada. El P. Plancarte presentó su renuncia a la consagración episcopal en manos del representante del Papa, el Visitador Apostólico Nicolás Averardi (1896). El representante pontificio, después de largas inquisiciones y esperas, convencido de la inocencia del P. Plancarte y Labastida, quiso reparar lo ya acaecido y en un encuentro que tuvieron (abril de 1898) le propuso nombrarlo obispo residencial diciéndole que la S. Sede y él tenían altísima opinión de él y que esa sería una reparación. El P. Plancarte, en medio de sus sufrimientos, e impelido por recobrar la limpieza del nombre de sus padres y la del Arzobispo de México el Sr. Labastida, y por otra parte aterrado por una mitra que nunca había apetecido, para la cual se sentía incapaz y estando ya lleno de achaques, prefirió renunciar a esta propuesta.

El gesto del Visitador Apostólico, de acudir en el momento de la muerte del P. Plancarte (26 de abril de 1898) y de asistir a las exequias en la Colegiata de Guadalupe, fue un gesto simbólico, aunque ya póstumo: la Iglesia es siempre fiel a sus hijos fieles... Y es María la que realiza esta obra maravillosa de vivir en unidad eclesial (Act 1,14).

Quien, por ser sacerdote ministro, es signo personal y sacramental del Buen Pastor, que "amó a la Iglesia hasta dar la vida por ella" (Ef 5,25), está llamado a dar a la Iglesia este mismo gesto profético y martirial, aunque amando más sea menos amado (2Cor 12,15). Así podrá "completar los sufrimientos de Cristo", precisamente "por el bien de su Cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,24).

7. EL BUEN PASTOR DA LA VIDA

La vida del P. Plancarte estuvo marcada por la cruz. Su fisonomía espiritual y pastoral fue de "identificación con Cristo crucificado" (PDV 48), según la pauta del rito de ordenación: "conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor". La misión recorre el mismo camino de Cristo, para compartir esponsalmente su misma suerte (Mc 10,38); por esto, "tiene su punto de llegada a los pies de la cruz" (RMi 88). Y allí se encuentran también con María y con la comunidad eclesial, para compartir el mismo camino de peregrinos.

Hemos ido viendo, en todos los aspectos de su vida sacerdotal, cómo manifestaba continuamente una actitud de equilibrio y serenidad, hasta con cierta nota de humor y siempre con el tono de esperanza: "audacia y confianza". Ese "gozo pascual" (PO 11) que contagia evangelio, nace de la actitud de donación y de olvido de los propios intereses en los momentos de dificultad. Los momentos difíciles le sirvieron para afirmarse más en la vocación, en el seguimiento de Cristo y en la acción evangelizadora. Lágrimas sí las hubo. Y también reconocimiento de la propia debilidad, consulta espiritual y celebración frecuente de la reconciliación. Basta abrir las hojas de su diario. Su fecundidad apostólica fue debida a una vida de cruz transformada en esperanza de resurrección. Concepción Cabrera de Armida, que practicó sus primeros Ejercicios Espirituales guiada por el P. Plancarte (agosto de 1889), diría que "el amor que no crucifica no es amor... la cruz es el pulso del amor... la cruz fecunda cuanto toca".

Su salud comenzó a resentirse ya desde el año 1862, hacia el final de sus estudios en Oscott, probablemente por su lucha interna para afianzar su vocación y por el dolor de la muerte de su madre. El mismo lo anota en su diario, diciendo: "el estar enfermo de estómago... descompuso mi genio". Durante sus estudios en Roma y acercándose el momento de la ordenación, se repitieron los achaques y tuvo que ir a unas curas dolorosas en los montes de Silesia. Al terminar esas curas escribe: "ha llegado el final de mi martirio". El deseo de ser sacerdote le ayudó a superar la prueba: "Sólo mi vocación al sacerdocio pudo haberme dado valor y resignación para sufrir mi curación en Graeffenberg" (diario del año 1864).

El día de su primera Misa (13 de junio de 1865) deja constancia de una intuición sobre su futuro: "Si alguno hubiera penetrado mi corazón, hubiera encontrado que más pensaba en las espinas futuras que en las rosas presentes; y que conocía que ese triunfo y gloria eran el principio de la pasión. Dios me ha hecho la gracia de no dejarme alucinar, y, por consiguiente, siempre he pensado y ponderado bien las espinas del sacerdocio y me he olvidado de sus flores... De esta manera concluyó el día más feliz de mi vida... Espero que en medio de mis pesares y trabajos, volveré los ojos hacia él y recobraré el santo entusiasmo con que hoy me he consagrado y ofrecido a Dios". En los aniversarios de su ordenación y primera Misa, dejará siempre en su diario alguna nota que indica un reestrenar la gracia sacerdotal de los primeros

días.

Fue un gran consuelo para el P. Plancarte las audiencias con Pío IX. Anota sobre la audiencia del 6 de marzo de 1865 (antes de ordenarse): "Me dio la bendición y me exhortó a trabajar con empeño y constancia por la gloria de Dios y a no temer persecuciones y trabajos". De la audiencia del 30 de septiembre del mismo año (después de ordenarse), escribe: "me separé lleno de valor para emprender la obra más ardua de un apóstol; y aun para sufrir el martirio en defensa de la fe y de la Santa Sede". En sus viajes posteriores a Roma, irá anotando estos alientos recibidos de Pío IX y de León XIII, que le servirán para mantenerse fiel a la Iglesia en medio de las pruebas.

La cruz principal del P. Plancarte no fue cuestión de salud, que le respondió relativamente bien (a pesar de las molestias y repetidas curas) durante sus años de ministerio. En los Ejercicios de mayo de 1863, además de anotar sus propósitos de pobreza evangélica ("vivir pobremente... aficionarme a la pobreza"), añade: "amar el desprecio y la humillación". Y esta cruz le iría llegando en el momento oportuno, como para regar lo que había sembrado. No repetimos aquí cuanto hemos dicho anteriormente sobre los contratiempos y calumnias que originaron primero la destitución de párroco de Jacona, y que le impedirían luego la consagración episcopal.

Cuando lo nombraron párroco de Jacona (mayo de 1867), presentó la renuncia, pero aceptando finalmente el encargo por fidelidad a la Iglesia. Entonces escribe: "abracé mi cruz, la besé y resolví consagrarme a la felicidad de este pueblo, que tan bien había acogido mi predicación". La cruz de la parroquia fue muy pesada, pero también acompañada de grandes satisfacciones por la buena respuesta de los parroquianos. Las contradicciones y envidias le acarrearón muchos disgustos, que ya hemos resumido en los "rasgos de su vida" (n.1). Al Colegio de San Luis, fundado en 1873, le llamaba su "corona de espinas". De sus obras apostólicas afirma: "¡Muy hermosas son las flores que planté, pero muy espinosas" (diario, 22 de julio de 1876). En carta del 28 de febrero de 1877, le diría Pío IX: "te animamos a que, sin atemorizarte por dificultades..., perseveres constantemente en lo que tan bien has comenzado".

Cuando llegaron los primeros sacerdotes graduados en Roma (1881), se hizo una gran fiesta en Jacona. Pero el P. Plancarte, ya zarandeado y curtido por contratiempos y calumnias, escribe: "Comprendo que tras estas palmas vendrá la cruz. Que el Señor me dé fuerzas. Listo estoy para el Calvario".

El cese de párroco de Jacona (24 de abril de 1882) fue una de sus mayores cruces, sobre todo por el tono frío de la carta llegada de la Mitra. Anota en su diario: "estoy tan acostumbrado a sufrir, que más bien siento consuelo al ver la disposición superior, por lo que toca al curato, y tristeza porque cada letra es un desengaño para mí". Todavía años después, ya trabajando en su diócesis de México, la cruz de Jacona alargaría sus brazos por la clausura de los Colegios de la Purísima y de San Luis. Pero

entonces se abrieron nuevas puertas de apostolado para sus discípulos sacerdotes y para sus religiosas. La Providencia hace las cosas en este estilo.

La coronación canónica de la Virgen de Guadalupe (12 de octubre de 1895) fue un día de gran alegría, pero también con la sombra de la cruz, por las acusaciones que se enviaron a Roma para impedir su consagración episcopal. Sus lágrimas durante la ceremonia, medio escondido en la capilla del sagrario, son todo un símbolo. Su vida fue siempre una prolongación del sacrificio eucarístico.

Hay otro momento simbólico en la vida del P. Plancarte, que puede darnos la clave de su ministerio. Fueron los días de la consagración del Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús (febrero de 1897). El sermón de Montes de Oca, obispo de San Luis, tuvo una referencia directa al P. Plancarte allí presente: "La gloria humana no se ha hecho para ti. Felipe de Jesús te tiene una (corona) muy reluciente, y sólo aguarda a que tiendas la mano para alcanzarla. Se la dio el Señor hace tres siglos al volar al cielo desde Nagasaki".

La referencia al martirio de San Felipe de Jesús no era un adorno oratorio. Montes de Oca conocía bien el corazón y la vida de Plancarte. Juntos habían asistido a la canonización del mártir mexicano, en el ya lejano 8 de junio de 1862. Refiriéndose a aquella fecha, había escrito Montes de Oca que su amigo José Antonio Plancarte "oraba en silencio al nuevo santo Felipe de Jesús, para que le fuera concedido ser elevado al sacerdocio". El P. Plancarte, en su diario (8 de junio de 1862), anotó también sus impresiones sobre la canonización del mártir mexicano juntos con otros 25 mártires: "en aquel momento fue cuando más claramente vi lo que es el Catolicismo". Como hemos visto anteriormente, la palabra "martirio", se le escapó de la pluma en el diario del 30 septiembre del 1865 (con ocasión de la audiencia de Pío IX), para reafirmar su fidelidad a la Iglesia.

Se puede decir que la vida del P. Plancarte tiene sentido martirial, en el sentido de imitar la caridad del Buen Pastor que "da la vida por sus ovejas" (Jn 10,11). Ya el inicio de su vocación sacerdotal tiene este sello sacrificial eucarístico: "ser ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa sangre" (carta a su hermano José María, 24 de enero de 1862). Precisamente por ello, la vida sacerdotal es un complemento de la vida eucarística, como desposorio con Cristo Sacerdote y Víctima (PDV 22-29).

Hay una nota característica de la cruz y del gesto martirial cristiano: el perdón. La vida sacerdotal del P. Plancarte se mueve siempre en esta línea, como garantía de su caridad pastoral y de su fidelidad a la Iglesia: perdonar y pedir perdón. Cuando describe las contradicciones, manifiesta siempre un tono de reconciliación. De estas dificultades sacaba nuevas posibilidades de hacer el bien. Cuando se cerró el Colegio de San Luis en 1876, fue una ocasión para poder enviar estudiantes bien preparados al Colegio Pío Latino de Roma; entonces escribe: "Doy las más

rendidas gracias a todos los que creyendo hacerme mal, me han obligado a trasladar mi Colegio a Roma". Y anota al describir la partida de México: "Adiós, país amado, porque he sacrificado cuanto he tenido... No sólo perdono de corazón, sino que viviré reconocido a los que me han hecho emprender este largo y peligroso viaje".

Cuando las contradicciones llegaron también a la Congregación religiosa recién fundada, obligándole por sentencia eclesiástica a devolver a sus casas a dos religiosas profesas (1881), después de obedecer, escribe en el diario: "Dios todo lo permite para nuestro bien... ¡Sea muy bendita la mano que me azota! Beso la mano del Prelado que tan cruelmente me ha herido, y le perdono con todo mi corazón". Y así hará también al acusar recibo de su cese de párroco (1882), escribiendo una carta en la que agradece le hayan descargado del curato y pidiendo perdón si en algo ha ofendido.

Después de cada dificultad, su voluntad de seguir al Señor se manifiesta más decidida que nunca. Al finalizar el año 1881 escribía: "He sufrido muchos descalabros durante el año... que más bien han debilitado las fuerzas de mi cuerpo que las de mi voluntad, la cual con la ayuda de Dios permanece firme más que nunca".

En su viajes a Roma y en sus nuevos cargos de la arquidiócesis de México, dejará traslucir siempre el perdón. En Roma (1882-1883) no acusó a nadie, a pesar de tener allí tantos amigos y aunque grandes personalidades le instaban a ello: "me voy de Roma sin haber abierto mis labios para implorar remedio a mis males". El sábado 23 de diciembre de 1882, en Roma, escribe: "Hoy cumpla 42 años o sea la mejor parte de mi vida, y veo destruidas de un golpe mis pequeñas obras. ¡Bendito sea el Señor que así lo ha permitido!". Y sigue anotando en su diario: "No intento abrir mis labios para acusar a mis perseguidores; no conservo para ellos rencor alguno y les perdono"... En sus cartas desde Roma a sus hijas espirituales aparece el mismo tono reconciliatorio de perdón.

En su tercer viaje a Tierra Santa (abril de 1883), en sus largas horas de oración en el Calvario, escribe: "¡Cuán bueno y misericordioso es Dios conmigo! ¡Cuánto me quiere!... Enséñame, Señor, a serte agradecido. Háblame, Señor, y dime lo que de mi quieres... ¿Que perdone a los que me han hecho mal? Perdónales, Señor... ¿Que apure el cáliz hasta las heces? Mi alma es ya un mar de amargura y no puedo beber ya más si tú no renuevas mis perdidas fuerzas. Dame, Señor, valor y confianza para apurarlo, para vivir crucificado... Castígame a mí, pero no castigues a aquellas pobres almas que de tan buena voluntad se han consagrado a tu servicio".

Los años de dedicación plena al ministerio apostólico en la arquidiócesis de México (1882-1898) deja siempre traslucir un corazón crucificado y lleno de esperanza, que ha sabido perdonar. Su servicio ministerial en el Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús (inaugurado en 1897), se centrará en la reparación, reconociéndose él mismo como pecador: "En el templo expiatorio, en el templo del pecador, allí estoy bien y debo ser la figura

prominente. Allí debo vivir los últimos días de mi vida, recogido en el silencio y representando a los pecadores".

Sus últimas palabras antes de la muerte (ocurrida el 26 de abril de 1898), son el resumen de su vida inmolada como la del Buen Pastor: "Me encomiendo mucho a la Santísima Virgen de Guadalupe... Si a alguno ofendí, le pido perdón... Y si alguno me ofendió, no tengo en mi corazón ningún resentimiento... Lo que Dios quiera".

Todos estos gestos sacerdotales del P. José Antonio Plancarte y Labastida parecen recordar la máxima evangélica proclamada por Jesús Buen Pastor: "si el grano de trigo cae en tierra y muere, sólo entonces produce fruto abundante" (Jn 12,24).

CONCLUSION: LAS HUELLAS IMBORRABLES DE UNA FIGURA SACERDOTAL

Después de la beatificación de los mártires mexicanos (22 de noviembre de 1992), de los cuales veintidós eran sacerdotes diocesanos, el Papa Juan Pablo II visitó el Pontificio Colegio Mexicano de Roma (24 de noviembre de 1992) para conmemorar su 25° aniversario. Este Colegio fue una desmembración del Pontificio Colegio Latino Americano, al que, en el siglo pasado, el P. José Antonio Plancarte y Labastida hizo llegar numerosos grupos de sacerdotes mexicanos.

En su alocución durante la visita al Colegio Mexicano, el Papa hizo referencia explícita a esas figuras sacerdotales del pasado, cuyas "huellas" siguen siendo germen de santidad y de misión: "La comunidad eclesial (dijo Juan Pablo II) necesita ver en nosotros el signo personal del Buen Pastor, que 'pasó haciendo el bien' (Act 10,38). Invito, pues, a todos a seguir las huellas de tantos sacerdotes ejemplares que México ha tenido a lo largo de su historia, incluida la más reciente... La Iglesia y la sociedad de hoy necesitan testigos creíbles que realicen, como estos sacerdotes, una labor apostólica profética y martirial".

El P. José Antonio Plancarte y Labastida se había trazado una ruta clara y decidida sobre su vivencia y compromiso sacerdotal, como se desprende de sus notas de Ejercicios Espirituales del año 1864, un año antes de su ordenación: "seguir tus huellas". Esta actitud comprometida es relacional y evangélica: seguir a Cristo. El mismo P. Plancarte y Labastida será en su vida, especialmente para sus fieles, sus hijas espirituales y sus discípulos sacerdotes, un evangelio viviente, como signo claro del Buen Pastor. El Papa Pío IX, que tantas veces le había mostrado su afecto, aliento y confianza, lo expresó así en carta del 28 de febrero de 1877, refiriéndose especialmente a los candidatos enviados a Roma: "seguirán tus huellas".

Esas figuras sacerdotales del pasado no pueden quedar como mero recuerdo; ni tampoco pueden reducirse a un artículo de adorno o a un busto conmemorativo. La "comunidad de los santos" sigue siendo una realidad eclesial efectiva y afectiva. Las comunidades sacerdotales y, de modo especial, los Presbiterios, se renovarán en la medida en que hagan realidad las actitudes hondas de estos sacerdotes ejemplares del pasado. En su primera carta sacerdotal de Jueves Santo (1979), decía Juan Pablo II: "Esforzaos por ser maestros en la acción pastoral. Ha habido ya muchos en la historia de la Iglesia. ¿Es necesario recordarlos? Nos siguen hablando a cada uno de nosotros, por ejemplo, San Vicente de Paúl, San Juan de Avila, el Santo Cura de Ars, San Juan Bosco, San Maximiliano Kolbe y tantos otros. Cada uno de ellos era distinto de los otros, era él mismo, era hijo de su época y estaba al día con respecto a su tiempo. Pero el estar al día de cada uno era una respuesta original al evangelio, una respuesta particularmente necesaria para aquellos tiempos, era la respuesta de la santidad y del cielo. No existe otra regla fuera de ésta para estar al día en nuestra vida y en la actividad sacerdotal, en nuestro tiempo y en la actualidad del mundo".

El proyecto de vida que cada sacerdote, cada grupo sacerdotal y cada Presbiterio deben elaborar, siguiendo las directrices de "Pastores dabo vobis", encontrarán en el P. Plancarte, como en otras figuras sacerdotales ejemplares, estímulo, ejemplo e intercesión. No me resisto a copiar unas frases de Juan Pablo II en su visita al Pontificio Colegio Mexicano de Roma (24 de noviembre de 1992):

"Para alentarlos en este proceso formativo, deseo recordar y destacar algunos aspectos de la formación permanente que he propuesto en la exhortación apostólica "Pastores dabo vobis". Ojalá que con vuestro esfuerzo y el de los sacerdotes en vuestras diócesis, se logren elaborar unos 'programas de formación permanente, capaces de sostener, de una manera real y eficaz, el ministerio y vida espiritual de los sacerdotes' (PDV 3)"...

"Las singladuras de la vida sacerdotal están claramente trazadas en la doctrina, tradición y vida de la Iglesia. De ello estamos todos convencidos. Queda en pie la cuestión que se plantean muchos sacerdotes: ¿cómo encontrar en el propio Presbiterio, con el propio Obispo, los medios necesarios para cumplir con todas estas exigencias evangélicas? He aquí el por qué de un "programa" de vida que hay que elaborar para llevar a efecto una formación permanente eficaz y que responda a las necesidades propias y de las comunidades que se os confían. Se trata, en efecto, de 'hacer un proyecto y establecer un programa, capaces de estructurar la formación permanente no como un mero episodio, sino como una propuesta sistemática de contenidos, que se desarrolla por etapas y tiene modalidades precisas' (PDV 79)"...

"La formación permanente ayuda a los sacerdotes a construir esta 'familia sacerdotal y 'fraternidad sacramental' querida por el concilio (CD 28; PO 8), en la que todos colaboren responsablemente a hacer realidad la "íntima fraternidad" que deriva 'de la común ordenación sagrada y de la común misión' (LG 28). Porque 'dentro de la comunión eclesial, el sacerdote está llamado de modo particular, mediante su formación permanente, a crecer en y con el propio Presbiterio unido al Obispo... La fisonomía del Presbiterio es, por tanto, la de una verdadera familia' (PDV 74)"...

La figura sacerdotal del P. José Antonio Plancarte y Labastida puede ser una ayuda decisiva para hacer realidad esta invitación del Papa, rubricada con un grito que salió de su corazón en esa misma visita al Colegio Mexicano, pero que era cita literal de su homilía durante la ordenación sacerdotal en Durango (México) (1990):

"Deseo terminar con las palabras que pronuncié en Durango, durante mi inolvidable visita pastoral, y donde tuve la alegría de ordenar a un centenar de sacerdotes de todo el país: ¡México necesita sacerdotes santos! ¡México necesita hombres de Dios que sepan servir a sus hermanos en las cosas de Dios! ¿Seréis vosotros esos hombres? El Papa, que os ama

entrañablemente, así lo espera. ¡Sed los santos sacerdotes que necesitan los mexicanos y que anhela la Iglesia! ¡Que Nuestra Señora de Guadalupe os acompañe siempre por los caminos de la nueva evangelización de América! Así sea".

Estas orientaciones parecen ser una actualización de las palabras proféticas del Papa de la Inmaculada, Pío IX, dirigidas al P. José Antonio Plancarte y Labastida: "Seguirán tus huellas". Esas huellas son imborrables, porque ya se han prolongado en la Iglesia por medio de muchos corazones sacerdotales y de vida consagrada.